ANTONIO FERNÁNDEZ LEPINA

EL DRAMA DE LA BOTICA

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS

DERIVADO DE EPISODIOS DE UNA OBRA EXTRANJERA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

EL DRAMA DE LA BOTICA

EL DRAMA DE LA BOTICA

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS

DERIVADO DE EPISODIOS DE UNA OBRA EXTRANJERA

DE

ANTONIO FERNÁNDEZ LEPINA

Estrenado en el TEATRO CÓMICO el 13 de enero de 1920

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup

TELÉFONO, M 551

1920

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JOSEFA........................	Srta. Loreto Prado.
LINO...........................	Sr. Chicote.
NIC-CASIO....................	Soler.
DON PEDRO...................	Recober.
PEPITA........................	Srta. Melchor.
DOLORES......................	Sra. Medero.
RUPERTA......................	Castro.
ALGUACIL.....................	Sr. Manso.
LUCAS.........................	Ponzano.
ALCALDE......................	Morales.
ENGRACIA....................	Srta. Román.

La acción en un pequeño pueblo de Castilla la Nueva.
Epoca actual



ACTO PRIMERO

Botica del pueblo. Una puerta al foro, con vidriera, que da a la calle. Otra puerta en la derecha, primer término, que comunica con las habitaciones interiores de la casa. En la izquierda, puerta pequeñita y mostrador, que ocupa todo el lateral, perpendicularmente a la batería. El mostrador sirve para el despacho del público y para la preparación de las medicinas. En el foro, tiene un enrejado de escritorio y en él una máquina de escribir. En las paredes, anaquelería con frascos y tarros y anuncios de específicos. Una mesita pequeña en el centro de la escena y un par de sillas junto a ella. Es de día.

ESCENA PRIMERA

LINO, después RUPERTA y ENGRACIA

LINO (Con un mortero pequeño en la mano, leyendo una receta.) «Ja... co... fi... na...» Nada, que no lo entiendo. Lo mismo puede decir quinina, que antipirina, que serafina... La letra de don Hermógenes era mala; pero, vamos, si ponía cuatro cosas en las recetas, por lo menos le entendía tres, y algo era algo; pero con el medico del pueblo de al lado es que no doy una. (Vuelve a leer.) «Ra... fa... sardina...» A mí me parece que pone sardina: pero, ¡caray! aunque las subsistencias estan muy caras, esto de administrar las sardinas en píldoras me parece demasiado. (Vuelve a leer.) «Fenacetina... Estricnina...» ¡Eso es! Estricnina. De estricnina, diez gramos... ¡No!

¡Qué barbaridad! Con diez gramos de estricnina enveneno medio pueblo... No puede ser. Le pondré harina, que también termina en ina y es inofensiva. (Toma un tarro y echa harina en el mortero, después de pesar una cantidad.) «Jarabe de pe... de pepe... de pa... de pu...» No está clara más que la primera letra, que es una *pe*... ¿Qué jarabes hay que empiecen con *pe*? Jarabe de plátano, jarabe de pera, jarabe de palo, jarabe de pico... Nada, que no doy. Le pondré jarabe simple, que también es inofensivo... ¡Qué mañanita! Lo menos llevo despachadas veinte recetas. Como que no me ha quedado tiempo para repasar los versos a lo Valle-Inclán que hice anoche, y que son de lo mejorcito que me ha salido desde que pulso la lira de Apolo. Ahora, mientras redondeo las píldoras, los repasaré. (Saca la masa del mortero, la extiende sobre un trozo de mármol y la corta en pedazos,) «M y H, diez píldoras...» Me han salido doce. Igual me pasó con el soneto de ayer, que me resultó de diez y seis versos, pero con quitar dos, en paz. (Tira dos pedazos de masa y redondea los otros del modo tosco y primitivo, haciendo las píldoras con los dedos, al mismo tiempo que lee los versos.)

El misterio de mi amor
arde en mi pecho convulso
fuego de carbón,
y por lira pulso
un acordeón.
Soy sauce abatido,
cura en Carnaval,
trapo desteñido,
ritmo funeral.
Ignorante Colombina
que le ama Pierrot.
Ella en la cocina,
él con su fagot.
Pasa a su lado mi amor
y ella no lo ve.
Banda sin tambor.
taza sin café.
Tiñen de negro mi cara
sombras con capuz.
Mi carne delgada
se ve de trasluz.

Nada, iguales; me han salido iguales que los de don Ramón del Valle-Inclán.

RUP. (Moza del pueblo.) ¿Has hecho ya lo mío?

LINO (Leyendo la etiqueta de una cajita que le da.) «Seis sellos de antipirina y cafeína, seis pesetas.»

RUP. ¡Qué barbaridad! Seis pesetas por seis sellos. En Madrid me los daban por la mitad.

LINO Los comprarías en un estanco.

RUP. No, señor; en las mejores boticas.

LINO Serían usados.

RUP. No te guasees y rebájame algo.

LINO Te los dejaré en veinticuatro reales.

RUP. ¡Qué gracioso!... ¡Mira que cobrar tan caro por las medicinas cuando todo lo hacéis con miga de pan!

LINO Pero es que el pan también ha subido. ¿Está mejor tu madre?

RUP. Ya no tié ná, y mi hermana también se ha levantao. To el pueblo está mejorando.

LINO Como que en esto de la epidemia ha sido más el ruido que las recetas.

RUP. El que está mu malo es Paco, el hijo de la guardabarrera del paso a nivel. No pué moverse.

LINO ¿Qué tiene?

RUP. Le ha cogío eso que anda.

LINO ¿La gripe?

RUP. No. Una motobicicleta. Le ha desencuadernao. Pepa, su novia, está mu contenta, porque no pué incorporarse.

LINO ¡Qué animal!

RUP. Porque no pué incorporarse a las quintas, hombre, que ha salío soldao.

LINO ¡Ah, ya!

ENG. (Moza del pueblo.) Güenos días.

LINO Hola, preciosa. ¿Qué quieres?

ENG. Que me ha mandao mi novio que te pregunte qué tiés pa la cabeza.

LINO Un frégoli.

ENG. ¿De veras?

RUP. Déjale, que cuando se pone chistoso es más temible que la gripe.

ENG. Y que le da el recargo por las mañanas.

RUP. Toma las seis pesetas y dame los sellos.

LINO Aguarda, mujer, que te voy a regalar unas pastillas. (Se las da.)

ENG. Bueno, ¿y qué le digo a mi novio?

LINO ¿Tiene dolor de cabeza? ¿No está contagiado de la gripe?

ENG. No tié na.

LINO Pues llévale este papelillo y que se lo tome en dos dedos de agua. (Le da un papelillo y ella hace medio mutis.) Oye, tú, que es un real.

ENG. ¡Ca! Me ha dicho que si se le quita te dará lo que sea; pero que si no, no hace el primo.

LINO Trae, trae el papelillo y que pruebe a rascarse, que suele dar buen resultado.

ENG. ¡Cuidao que abusáis! Ahí va el real. ¿Vienes, Ruperta?

RUP. Anda.

LINO Adiós, y que la Magdalena os guíe. (Vanse Engracia y Ruperta por el foro.)

ESCENA II

LINO y DOLORES

DOL. (Por la derecha.) Buenos días, Lino.

LINO (¡Ella!... ¡Ay!) (Azorado, sin saber lo que dice.) Bien, gracias.

DOL. ¿Qué dices?

LINO ¡Ah, sí! Buenas noches. Que usted descanse.

DOL. Pero, ¿estás tonto?

LINO Sí, señora. Digo, no, señora... (¡Ay, es que en cuanto la veo me empieza a martillear el corazón, se me sube la sangre a la cabeza y no sé lo que me digo!... ¡Cuidado que es hermosa!)

DOL. (Que mira la mesa y el estante de la anaquelería de detrás de ella.) ¿Hay muchas recetas?

LINO Bastantes.

DOL. (Abriendo uu libro de cuentas.) ¿Las has pasado todas al libro? Ya sabes que Pepita tiene que numerarlas y hacer las cuentas, que le gusta llevarlas al día. (Viendo un papel en el estante.) ¿Qué es esto? «El misterio de mi amor». ¡Unos versos!

LINO (¡Hipecacuana!... Como descubra que los he hecho inspirándome en su amor, no me queda más solución que la de sublimado.-

DOL. ¿Con que estas tenemos? ¿Con que está usted enamorado?

LINO No, señora... Es una ficción poética.

DOL. ¿Por eso le has tomado antipatía a los garbanzos, tienes abandonados los libros y te pasas el día dando suspiros?

LINO Una ficción, una ficción...

DOL. ¡Cá! Se ve que estos versos son de enamorado.

LINO No, señora, no. Los he hecho para ejercitarme en copiar a máquina.

DOL. No mientas, que estas cosas no se pueden ocultar. Tú estás enamorado. No lo niegues.

LINO Pues bien, sí, doña Dolores. Una pasión volcánica devora mi pecho... No quiera usted saber más.

DOL. ¿Y quién es ella?

LINO Ese es mi secreto.

DOL. ¿No me lo puedes confiar a mí?

LINO A nadie. El secreto bajará conmigo a la tumba fría, que ya me abre su negra boca sonriente.

DOL. ¡Qué barbaridad! (Cierra el libro que conservaba en la mano, metiendo en él los versos, y le deja sobre la parte del mostrador destinada a escritorio.) Pero, ¿por qué ese misterio?

LINO Porque estoy enamorado de un imposible, de una quimera...

DOL. ¿La hija del Alcalde?

LINO Esa no es una quimera; es una visión.

DOL. Pues si tú no me lo dices, yo lo descubriré.

LINO (¡Ay, si lo adivinara sin yo decírselo y, compadecida de mi pasión, la correspondiese... No sueñes, corazón; no sueñes, que los sueños, sueños son, que dijo Calderón!)

DOL. Te advierto que ya voy sospechando algo. Muy torpe he de ser si hoy mismo no descubro tu secreto.

ESCENA III

DICHOS y LUCAS

LUCAS (Asistente de la Guardia civil.) De parte de mi comandante que si tienes preparado eso que sabes.

LINO Sí, toma. (Le da maquinalmente una caja.) (¡Flérida, para mí dulce y sabrosa!...)

LUCAS Me parece que mi comandante me ha dicho que era una botella.

LINO — Sí, hombre. Es verdad. Toma, y no la desenvuelvas, que se altera con la luz. (*Le da un frasco envuelto en un papel.*)

LUCAS — Queden ustedes con Dios. (*Mutis por el foro.*)

ESCENA IV

DOLORES, LINO y PEPITA; después ALGUACIL

PEP. — (*Por la derecha.*) Buenos días, Dolores...

DOL. — Hola, Pepita. Hoy se te han pegado las sábanas.

PEP. — Las mañanitas de Abril... En cambio, el pobre Lino bien ha madrugado. No era de día cuando ya le sentí abrir.

LINO — Y por la noche me han levantado cinco veces.

PEP. — ¡Pobrecillo!

DOL. — Entre la epidemia y el amor nos le van a matar. ¿No sabes que está enamorado?

PEP. — (¡Vaya una noticia!)

DOL. — Me ha confesado que una pasión volcánica devora su pecho.

PEP. — (¡Cómo me quiere!)

DOL. — Pero no he podido arrancarle el nombre de su adorado tormento.

PEP. — (¡Qué timidez de criatura!)

DOL. — ¡A ver si tú eres más afortunada!

PEP. — (¡Sí, sí! ¡Pues pocas veces que he intentado tirarle de la lengua para que se me declarase!)

ALG. — (*Es tartamudo y cojo.*) Bue... buenos días. De pa... pa... pa... parte del señor alcalde, que si me has, que si me has..., me has preparado el agua oxigenada pa... pa lavarse las narices.

LINO — Sí, hombre. Ya podías haber venido por ella hace dos horas.

ALG. — Es que he tenido que echar un pre... un pre... un pregón.

LINO — Entonces no digas más. Una hora en cada esquina.

DOL. — ¿Qué tiene el alcalde?

ALG. — Aquí, pa nosotros, ti.. tie... tiene las narices y un ca... ca... carrillo despellejaos, po... po... porque anoche se ca... ca... calentó con la

alcadesa... Me... me voy, que tié que la.. lavarse con esto pa presidir la sesión.

LINO Anda con Dios.

DOL. Recuerdos, y que se alivie. (Vase el Alguacil por el foro.)

ESCENA V

LINO, DOLORES, PEPITA y DON PEDRO.

PED. (Dentro.) Anda, avisa al Malaspulgas que se acerque con la tartana para ir a la estación. (Saliendo por la derecha.) Buenos días.

PEP. Buenos días, Pedro.

LINO (¡Mi odiado rival!)

DOL. ¿Has tomado el desayuno?

PED. Ahora mismo.

LINO (¡Si se te volviese ácido prúsico!)

PED. Hola, Lino. ¿Qué haces?

LINO Nada... Aquí, pildoreando.

DOL. ¿Vas a la estación?

PED. Sí. Ya te he dicho que mi amigo y compañero el doctor Ortiz, me anuncia su llegada para hoy. No había vuelto a verle desde que éramos estudiantes. Te alegrarás de conocerle. Es un hombre muy simpático.

PEP. (Que mira hacia la calle.) Ya tienes ahí la tartana.

DOL. ¿Por qué has avisado al Malaspulgas, un hombre tan pendenciero, con tan pésimos antecedentes?...

PED. Precisamente por eso. Me han dicho que el otro día estuvo galleando de que me iba a hacer y acontecer porque le había dado poca propina. Hoy no le voy a dar ninguna.

LINO (¡Qué tío!)

DOL. ¡Qué gana de buscar pendencias!

PED. No, si yo no las busco. Pero eso de presumir de valiente conmigo...

LINO (¡Cada vez que le oigo hablar así se me pone la carne de gallina!)

PEP. Tienes un carácter muy peligroso. Y esa manía de llevar siempre el revólver en el bolsillo, ¿a qué te conduce?

PED. A pegar un tiro al primero que me ofenda.

DOL. Estoy siempre con el alma pendiente de un hilo.

LINO (¡Y yo de un hilván!)

PED. Bueno, hasta ahora. Ten preparado algo, que puede que el doctor traiga apetito. (Vase por el foro. Las mujeres le despiden desde la puerta.)

LINO (¡Si ese hombre, más furioso que Otelo, más implacable que Pedro Crespo, se entera de que estoy enamorado de su mujer, me despacha en píldoras. Pero ¿quién pone diques a una pasión? ¿Quién no se vuelve loco viendo esas caderas anfóricas y ese nítido escote, y ese palmérico talle? ¡Caray! ¿Adónde he echado las píldoras? (Las busca y las saca de un bolsillo de la americana.)

DOL. (Volviendo.) Anda, Lino, pasa a tomar el desayuno para dejar el comedor arreglado para cuando venga ese señor.

PEP. Yo me quedaré aquí.

LINO Puedes ir pasando las recetas al libro. Aquí le tienes, en el escritorio. Las medicinas despachadas ahí están, como siempre... (¡Ay, desgraciado de aquél que va del mundo a alguna parte y tropieza una boticaria en su camino!)

DOL. Yo voy a arreglarme un poco.

PEP. Anda, que yo me quedo. (Mutis Dolores por la derecha.)

ESCENA VI

PEPITA

PEP. Pero ¿por qué será tan tímido este muchacho? Viéndonos a todas horas, teniendo confianza, ¿por qué no se me declara?... En fin, vamos a pasar las recetas al libro. (Al abrir éste, cae al suelo el papel de los versos.) ¿Qué papel es éste? ¡Versos! «El misterio de mi amor»... ¡Son de él! (Lee.)

Arde en mi pecho convulso
fuego de carbón,
y por lira pulso
un acordeón.

¡Qué bonito!

Pasa a su lado mi amor,
y ella no lo ve.

¡Claro, eran para mí! Cree el pobre que yo no me he enterado de que está loquito por mí. ¡Cómo querría que se lo diese a entender!... Ha hecho los versos, no se ha atrevido a dármelos y los ha metido en el libro de recetas, que sabía que yo tenía que coger... ¡Por eso me recomendaba tanto que no dejase de pasar las recetas!... ¿Y qué hago yo?... Le contestaré por el mismo conducto para darme por entendida y que vaya cobrando ánimos, a ver si se atreve de una vez a decir las cosas claras... A ver si me sale un verso bonito...

Con el fuego de tu mirada
la tienes a ella trastornada.
Te amo, lindo Lino,
y por ti yo pierdo el tino.

Puede que esto no sea verso, pero es verdad. Los copiaré a máquina, al pie de los suyos, y dejaré aquí el papelito para que, cuando vaya a abrir el libro, se encuentre con la sorpresa. (*Ejecuta lo que dice.*) Si después de esto no se me declara, es cosa de declararle a él tonto de capirote.

ESCENA VII

PEPITA, JOSEFA; luego DOLORES

JOS. (*Paleta fea y zafia, pero viva, presumiendo de lista, vestida y peinada muy de pueblo.*) Muy buenos días. Esta es la botica de don Pedro el Cruel, ¿verdad?

PEP. De don Pedro Cruz.

JOS. Ya, ya lo sé. Lo he leído en la muestra, porque sé leer; aunque me esté mal el decirlo; pero en Torrecilla, porque yo soy del pueblo de al lao, o, por mejor decir, me he criao en Torrecilla, aunque nací aquí, ¿sabe usted?, me dieron esta apuntación: «Botica de don Pedro el Cruel.» Ahora caigo en que esto del Cruel es un mote. Aquí, en los pueblos, ya se sabe, todos lo tenemos. A mí me llaman la «Polvorilla» por lo viva y lo lista que soy, aunque no esté bien que yo lo diga. Pero no

se crea usté que esto de los motes es solo cosa de los pueblos. También en Madriz los ponen, que a mí, cuando llegué, porque una servidora ha estado en Madriz, sirviendo en una fonda, aunque sea inmodestia que yo lo diga, unos señoritos estudiantes me pusieron «la Pardo», ¿sabe usté?

PEP. (Aturdida por la rapida charla de Josefa, y después de haber intentado dos o tres veces atajarla.) Bueno, pero usted me dirá...

JOS. ¿Es usté la señora boticaria? Por muchos años.

PEP. No, señora.

JOS. ¡Ah, ya! No me diga usted más. La hija de don Pedro. Sus señores padres, ¿bien?

PEP. Tampoco soy la hija. Usted es la que tiene que decirme...

JOS. Josefa, «la Polvorilla», la doncella para todo que don Pedro ha encargado a don Severo, porque dice que está harto de las acémilas del pueblo y quería una doncella de servir, como una servidora, que hubiera servido en Madriz.

PEP. ¡Es verdad! Anoche se habló de eso. Voy a llamar a mi hermana. ¡Dolores!

JOS. ¡Ah! ¿Usted es hermana de la señora de don Pedro? ¡Lo había adivinado! ¿Casada también?

PEP. No, mujer. Soltera.

JOS. ¿Con novio?

PEP. ¿Quiere usted dejar de preguntar?

JOS. No, no. Si yo no soy curiosa, ¿sabe usté? Es que me gusta estar al tanto de las cosas para no meter la pata. ¿No le he dicho a usted que me llaman la «Polvorilla» por lo lista y dispuesta que soy?

DOL. (Saliendo.) ¿Qué querías?

JOS. Muy buenos días, doña Dolores. Su esposo, don Pedro, sigue bien, ¿verdad? Una servidora, bien, gracias.

PEP. Es la criada que tu marido dijo anoche que había encargado a Torrecilla

DOL. Muy bien. Mi esposo me ha dicho que le han dado muy buenos informes. ¿Qué sabe usted hacer?

JOS. De todo. He estado dos veces sirviendo en Madriz, y en Torrecilla en las mejores casas. Lo mismo le hago a usté unas sopas de ajo,

¿sabe usté?, que unas patatas guisás, que arroz con leche, que unos bollos de aceite. De to lo más fino. ¡Ah, las *cocletas* también me salen algunas veces!

DOL. Aquí hay otra para la cocina. ¿Tiene usted familia?

JOS. No, señora. Soy completamente huérfana.

DOL. ¡Me alegro!

PEP. ¡Mujer!

DOL. Digo que me alegro de que no tenga usted familia en el pueblo, porque luego todo son entradas y salidas... y yo me entiendo.

JOS. Y yo también. Lo que usté teme es lo que en Madriz llamamos la sisa... Que la chica saque las cosas de casa para llevárselas a sus padres y que los padres se metan en la casa para sacar cosas a la chica. Por mí puede usté estar tranquila. No tengo a nadie. No he conocido a mi padre y mi madre murió al darme a luz.

PEP. ¡Pobrecilla!

DOL. Pues queda usted admitida. ¿Cómo se llama usted?

JOS. Josefa; pero en el pueblo me llaman «la Polvorilla» por lo viva y dispuesta que soy, aunque esté mal que yo lo diga.

DOL. Pase usted a la cocina, y allí le dirán lo que tiene que hacer.

JOS. La señora va a estar muy contenta de mí. Puede usté preguntar a la hija de don Severo, y la dirá que la tenía la casa como los chorros del oro. En los suelos se podían comer sopas y en los cacharros de la cocina se veía uno la cara. ¡Ah! Y cosa que les he roto, cosa que les he pagado, porque una servidora tié un poco desgraciás las manos, que a mí no me gusta ocultar los defectos, y lo que rompo me lo desquitan del sueldo, y tan contenta.

DOL. A propósito. ¿Le han dicho a usted lo que yo doy a las criadas?

JOS. Eso no me importa. En alcanzando para pagar lo que rompa, tan contenta. ¿Me manda algo más la señora?

DOL. No. Ande usted. Por ahí, todo derecho.

JOS. He tenido mucho gusto en conocer a ustedes. Si la señora quiere algo, no tiene más que llamar. (Mutis por la derecha.)

DOL. Un poco más despierta parece que las del pueblo.

PEP. Demasiado parlanchina; pero la circunstancia de ser huérfana como yo, de no haber conocido a sus padres, como me pasa a mí, me han dispuesto a su favor. (Ruido dentro de cacharros que se rompen.)

DOL. ¡Adiós! ¡Ya ha roto algo!

JOS. (Saliendo.) Nada. No se asuste la señora. No ha sido nada. Un tazón, una fuente, un vaso, un azucarero y un jarro que me han mandado que llevara desde el comedor a la cocina. No me riña la señora, que me duele más que si me pegasen. Ya le he dicho que tengo un poco desgraciadas las manos. Me desquitan del sueldo lo que he roto, y yo tan contenta.

DOL. Bueno, ande usted; ande usted y tenga cuidado. (Mutis Josefa.) ¡Sí que ha entrado con buen pie!

PEP. Ten paciencia. Efectivamente, se ve que tiene desgracia. Voy a imponerla en lo que tiene que hacer. (Mutis derecha.)

ESCENA VIII

LINO, DOLORES; en seguida, NICASIO y DON PEDRO

LINO (Saliendo.) Ahí viene la tartana.

PED. (Abriendo la puerta.) Pasa, pasa.

NIC. (Uniforme de detective de teatro. Traje muy a la inglesa. Rostro afeitado, monóculo y la indispensable pipa.) Un momento nada más para conocer a tu esposa. Te he dicho que me hospedaré en la fonda.

PED. ¿En la fonda? Bien se ve que no conoces el chamizo-hotel que tenemos en el pueblo. Tú te quedas en casa o reñimos. Ya sabes cómo las gasto. Lino, llévate estas maletas. Dolores, aquí tienes a mi amigo Nicasio Ortiz. (Presentando.) Mi mujer.

NIC. Señora, mucho gusto...

DOL. El gusto es mío.

NIC. Pero, de verdad, déjame ir a la fonda.

PED. No hablemos más de eso. De antiguo me conoces. Aquí estarás como en tu casa; serás el verdadero dueño. No tienes más que

mandar, y todos te obedeceremos; pero si me haces un desprecio, andamos a tiros.

NIC. (*Dándole un abrazo.*) No has cambiado. Tan generoso como bruto.

DOL. Ya tiene usted preparada su habitación.

NIC. Les voy a molestar mucho. Ya conoces mi culto a la asepsia y la antisepsia.

PED. ¿Sigues con tu manía?

NIC. ¡Oh, figúrate ahora, en época de epidemia!

PED. Veo que tampoco tú has cambiado. Recuerdo que de estudiante esterilizabas hasta el reloj antes de mirar la hora.

NIC. Y sigo lo mismo. Los microbios nos acechan por todas partes. Aislémonos por la asepsia; destruyamos por la antisepsia. ¿Tú sabes qué gérmenes de mil enfermedades pueden adherirse a tu epidermis al estrechar la mano de un amigo? ¿Sabe usted, señora, el peligro que corre al mojar los dedos en la pila del agua bendita? (*A Lino, que en este momento le coge el maletín.*) ¿Sabe usted, joven, a lo que se expone si posa sus labios sobre los de la mujer amada?

LINO Sí, señor. ¡A dos tiros en la cabeza! (*Mutis por la derecha, con el maletín.*)

PED. Lo que no me explico es que tú, que no ejercías, precisamente por miedo a los microbios, hayas solicitado venir a este pueblo en plena epidemia.

NIC. Es un misterio que ya te explicaré. A propósito, ¿hay muchos enfermos?

PED. Afortunadamente, digo afortunadamente como vecino, no como boticario, la epidemia casi ha desaparecido.

DOL. Al día siguiente de caer enfermo el médico comenzó a notarse una notable mejoría en la salud del vecindario.

NIC. Señora; protesto en nombre del compañero.

PED. No. Debes protestar en nombre del vecindario, porque ahora el que visita es el albéitar.

ESCENA IX

DICHOS y PEPITA

PED. (*Viendo a Pepita.*) Sal, Pepita. Nicasio, te presento a Pepita, hermana de mi mujer.

NIC. ¿Hermana?... No sabía que tenías una cuñadita. Y muy guapa, por cierto. (La saluda.)

PED. Es que no es cuñada precisamente, aunque aquí se la quiera como a una hermana, como a una hija.

DOL. Es hermana de adoptación.

NIC. (Calándose el monóculo.) ¿Eh? ¿Cómo?

PED. Muy sencillo. Se trata de una huérfana a la que recogieron los padres de mi mujer.

NIC. ¡Oh!

DOL. Porque la habían abandonado los suyos.

NIC. ¿Eh?

PEP. Sí, señor. He tenido la desgracia de no conocer a mis padres.

NIC. ¡Ah!

PED Pero, ¿qué te pasa?

NIC. Nada, nada. (Aparte a Pedro.) Necesito hablar a solas contigo.

PED. Bien, (A Dolores.) Nicasio y yo nos quedaremos aquí charlando de nuestras cosas mientras le preparais el desayuno.

NIC. No tomaré más que un vaso de leche bien cocida. Prepárenme agua filtrada y hervida para lavarme la cara, y las toallas que hagan el favor de esterilizarlas.

DOL. Descuide usted. Vamos, Pepita. (Saludan y se van por la derecha.)

ESCENA X

DON PEDRO y NICASIO

PED. Ya estamos solos.

NIC. Escucha. Tengo que abrirte mi pecho. Yo no he venido a este pueblo a curar la gripe.

PED. No necesitas jurármelo.

NIC. He venido impulsado por el amor a mi nueva profesión, que en esta aventura se ve avivado por el propio interés.

PED. Pero, ¿qué nueva profesión tienes?

NIC. ¡Ah! ¿Es que a este escondido pueblo no ha llegado la fama de las aventuras de Nic-casio? Nic-casio, el célebre detective madrileño, soy yo.

PED. Chico, me dejas de una pieza.

NIC. Una noche, viendo un melodrama a Rambal, comprendí que había equivocado mi

carrera. Mi vocación era detectivesca. Realicé mi pequeña fortuna, me bebí las aventuras de Sherlock Holmes, Nic Carter y demás clásicos, y partí para Londres con objeto de perfeccionar mis conocimientos al lado del rey de los detectives.

PED. ¿Y a este pueblo te trae una aventura?

NIC. Sí... Te revelaré un gran secreto. Hace veinte años yo era joven...

PED. ¡Caray!

NIC. Acababa de licenciarme en Medicina y tú en Farmacia. Me trajiste a este pueblo a pasar las vacaciones.

PED. A casa de mis padres, que deseaban corresponder a las atenciones que los tuyos habían tenido conmigo en Madrid. Sigue.

NIC. ¿Cómo explicarte? Las mozuelas caprichosas, mis costumbres licenciosas, yo doctor y calavera... Locuras de amante... Cuando en las noches del estío... ¿Quién puede vencernos si es nuestro el amor?

PED. Yo he oído todo eso en alguna parte.

NIC. Pasó el verano entre amores, fiestas, capeas, aventuras nocturnas en las eras y en las viñas y otros juegos florales. Tú entraste de practicante en esta misma botica y yo volví a Madrid a matar los primeros enfermos. Pasó un mes, dos... A los nueve recibí una carta de una tal Josefa, que era una de las de las eras. Me hablaba de su amor, de su honra, de una niña que acababa de nacer... Me pedía veinte duros para la envoltura. Temiendo que quisiera envolverme a mí, no le envié ni un céntimo; pero para no dejar de velar por ella si de verdad se hallaba en tan embarazoso trance, le mandé un «Manual de la lactancia», que acababa de remitirme un librero de Barcelona.

PED. ¡Qué esplendidez!

NIC. Poco después supe que la infeliz había muerto en la Habana de la fiebre amarilla, que le pegó un negro.

PED. ¿Y la niña?

NIC. Eso es lo que me trae al pueblo. Aquí quedó abandonada, sin nombre, sin amparo de nadie...

PED. ¿Y te acuerdas a los veinte años?

NIC. Es que... Verás. Al hacer unas investigacio-

nes profesionales en el ministerio de Estado tropecé con una nota del Consulado de España en la Habana, en la que se dice que ha muerto, dejando una fortuna de tres millones de pesos el hermano de la infeliz Josefa... Ha muerto sin hijos, sin familia, sin nadie... ¿Comprendes? Sería un remordimiento eterno para mí que ese dinero se perdiese. Quiero reparar las locuras de mi juventud buscando a esa pobrecita niña, reconociéndola...

PED. Administrándola la herencia...

NIC. Claro, porque figúrate qué preocupación para ella, que jamás ha tenido nada, verse de pronto con tres millones de pesos... ¡Sería mucho peso para la infeliz!

PED. ¡Ah! ¿Y sospechas que Pepita, la hermana adoptiva de Dolores, pueda ser?...

NIC. La coincidencia de nombre... Huérfana..., de unos veinte años... Guapa como yo. Inteligente, como yo... ¡He oído un grito!

PED. ¿Dónde?

NIC. En mi corazón.

PED. No sé qué decirte. Efectivamente, creo que a esa niña la encontraron los padres de Dolores abandonada en el portal...

NIC. Averigua, por Dios, averigua. Interrógala con prudencia, indaga...

PED. Sí. Descuida. Me interesa todo eso.

NIC. Pero con la más prudente reserva.

PED. Descuida. (*Sale Lino y se pone a trabajar en el mostrador.*)

NIC. Voy a tomar el desayuno.

PED. Pasa por aquí.

NIC. Mientras, tú... (*Vanse los dos por la derecha.*)

ESCENA XI

LINO

(*Al coger el libro de las recetas ve el papel de los versos.*) ¡Anda! Había metido doña Dolores mis versos en el libro de las recetas... ¡Pensar que los ha leído ella, que los ha tenido entre sus manos, que se ha conmovido con la estrofa final!... ¡Recuarteta! ¿Qué veo? ¡Sí! ¡De ella! ¡Me ha contestado! «Con el fuego de tu mirada la tienes a ella trastornada. Te

amo, lindo Lino, y por ti yo pierdo el tino.» ¡Ah! Lo ha adivinado! Claro, era fácil de comprender que los versos eran para ella... ¡Y corresponde a mi pasión! ¡Me adora! ¡Pierde por mí el tino!... ¡Qué manera tan delicada de decírmelo indirectamente, conservando su divino pudor y evitando el peligro de que el tirano nos descubra! ¡Ay, tanta felicidad es incompatible con la antipirina y la tintura de yodo! Voy al jardín, y al pie del lilo en flor pulsaré la lira para contestarla en unos endecasílabos antiespasmódicos. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XII

PEPITA, DON PEDRO, y al final, JOSEFA.

PED. Ven, Pepita; sal aquí, que tengo que hablarte.

PEP. (¡Ay, esto es que ha cogido los versos de Lino!)

PED. Ven. Ponte de perfil... Vuélvete ahora... (Parecido no le encuentro ninguno.)

PEP. Pero ¿qué quieres? ¿Vas a retratarme?

PED. Dime, ¿tú conociste a tu madre?

PEP. Pero ¿no sabes que me abandonó recién nacida?

PED. ¿Nunca has tenido ningún dato para deducir quién era?

PEP. Nunca. Como sabes, me recogieron los padres de Dolores, y compadecidos de mi desgracia, me adoptaron. Al principio creo que intentaron averiguar quién era mi madre; pero fracasaron todas las gestiones, y me consideraron una hija más... Pero ¿por qué me preguntas todo esto, que sabes casi tan bien como yo?

PED. Porque... Oyeme con calma, Pepita... No es difícil que conozcas pronto a tu verdadero padre.

PEP. ¿De veras? ¡Dime, dime quién es! ¿Y mi madre?

PED. Calma, mujer, calma. No puedo decirte más por el momento. No estoy autorizado para ello y no quiero tampoco alentar en ti una esperanza que puede resultar falsa.

PEP. Pero ¿y mi madre?
PED. De ser cierto lo que sospechamos, tu madre ha muerto, pero tu padre vive.
PEP. ¡Oh, si vive, qué felicidad tan inmensa, qué dichoso momento para mí cuando pueda arrojarme en sus brazos y estrecharle contra mi pecho, (Se abraza a Pedro.) y decirle: ¡Padre mío! (En este preciso momento aparece Josefa por la puerta de la derecha con un barreño conteniendo varios cacharros de botica.)
JOS. (Deteniéndose.) ¿Eh?
PEP. ¡Padre mío veinte años sin saber que te debía el ser!...
JOS. (¡Es su padre y se lo tenía tan callao!)
PEP. ¡Abrázame, padre mío, como yo te abrazo a ti! Dime: ¡Hija mía! Que yo oiga por primera vez de tus labios tan dulce nombre...
PED. Me estás haciendo llorar... Vamos, serénate, serénate y disimula. Hasta que se descubra el misterio de tu nacimiento, ni una palabra a nadie.
JOS. (¡Qué barbaridad! ¡Es talmente un melodrama que yo vi a la Loreto!) (Al ir a secarse las lágrimas, deja caer el barreño con los cacharros.)
PEP. ¡Mi padre!
PED. ¡Mi madre!
JOS. ¡Mi abuela!... No me riña usté, señorito, no me riña usté, que eso le duele a una servidora más que si le pegasen. Una servidora tiene un poco desgraciadas las manos; pero lo que rompa me lo descuentan del sueldo, y yo tan contenta.
PED. (Recogiendo los cacharros.) ¡No ha dejado ni un frasco sano!
JOS. Desgracia, desgracia que tié una servidora en las manos; pero, por lo demás, ya verá usté qué contento queda.
PED. ¡Me voy por no estrellarte! (Vase por la derecha.)

ESCENA XIII

JOSEFA y PEPITA

PEP. Pero, mujer, ¿cómo te las has arreglado?
JOS. Ya le dije a la señorita que una servidora tié un poco desgraciadas las manos; a mí no me gusta engañar a nadie... Por eso tampo—

co me gusta que me engañen a mí. No me gusta, señorita; no me gusta. ¿Sabe usté?

PEP. Me parece que aquí no te ha engañado nadie.

JOS. Pues precisamente por eso está resentida una servidora. Claro que por algo me llaman la Polvorilla, que me lo pusieron por lo lista que soy...

PEP. Pero, ¿se puede saber a qué te refieres?

JOS. Nada... Que la señorita me dijo que era hermana de la señora boticaria, y me he enterado de que no hay tal.

PEP. Claro. Soy hermana adoptiva. ¡Vaya un descubrimiento que has hecho! Eso lo sabe todo el mundo.

JOS. (¡Ah, ya! Lo que no sabe todo el mundo es que es hija del boticario.)

PEP. ¿Era ese todo el misterio?

JOS. Estoy al cabo de todo, señorita, ¿sabe usté? De todo.

PEP. Dime, ¿es que tú sabes algo?

JOS. ¡Todo! Pero descuide usté, señorita, que de mis labios no ha de salir una palabra, que una servidora sabe guardar un secreto. (Medio mutis.)

PEP. Pero escucha...

JOS. Nada, señorita, nada. No tiene usté que decirme nada

PEP. Haz el favor.

JOS. Ni una palabra. Pero que ni una palabra. (Mutis por la derecha.)

ESCENA XIV

PEPITA y DOLORES

PEP. ¡Qué zozobra, Dios mío! ¿Será verdad que voy a conocer a mi padre? ¿Por qué me encargará mi cuñado que no diga nada a nadie?

DOL. (Saliendo.) ¿Estás sola? ¿Y Lino?

PEP. Lino... ¡Si supieras!...

DOL. ¿Qué?

PEP. ¡Que ya sé de quién está enamorado!

DOL. ¿Sí? ¿De quién?

PEP. ¡De mí!

DOL. ¡Vamos!.. Pues mira, no se me había ocurrido sospecharlo... ¡Como hablaba de un imposible, de una quimera!...

PEP. ¡Como el pobre es tan tímido, tan modesto!...
DOL. Y a ti, ¿te gusta?
PEP. ¡Para qué te voy a ocultar que estaba rabiando por que me dijese que me quería!
DOL. ¡Mira por dónde estábais los dos lo mismo! Entonces, hija mía, a quererse mucho y a ser felices. Que termine la carrera y os casáis.
PEP. ¿Tú no te opones a nuestras relaciones?
DOL. ¿Por qué, si es tu gusto?
PEP. Yo creo que él tenía miedo a que a ti te pareciese mal, y por eso...
DOL. ¡Qué tontería! En cuanto le vea le echaré una filípica para que pierda esa ridícula timidez... Haz el favor de ir a ayudar a la chica nueva a sacar la vajilla, no vaya a hacer otro zafarrancho.
PEP. Voy. (Mutis derecha.)

ESCENA XV

DOLORES, LINO; al final JOSEFA

LINO (Por la izquierda.) Nada, que no me salen los endecasílabos ni a tres tirones.

«En la fiebre de amor que me domina
pueden servir tus labios de quinina.»

Por más que hago no puedo pasar de la quinina... (¡Ah!... ¡Ella!...)
DOL. Ven acá, ven acá, trovador.
LINO (¡Ay, yo debía decirle ahora un madrigal; pero se me anudan las palabras y no le voy a decir más que tonterías!)
DOL. Pero, hombre, por Dios, no seas tan tímido. Acércate.
LINO (¡Me quiere dar pie para que la abrace!)
DOL. ¿Conque tu amor era un imposible, una quimera?
LINO ¡Chist! No hable usted tan alto.
DOL. Por esos datos, ¿cómo iba yo a suponer que la quimera estaba en casa, al alcance de tu mano?
LINO (¡Otra indirecta invitándome al abrazo!)
DOL. Antes de pasar adelante es preciso que me asegures que no se trata de un capricho; que me pruebes que tu amor es verdadero.

LINO (Cogiéndole la mano.) No sé si decírselo a usted en prosa o en verso.

DOL. En prosa, hombre, en prosa.

LINO Pues... pues... Estoy enamorado como un burro.

DOL. Eso me parece ya demasiado prosáico. Pero, bien, lo principal es que no se trate de un juego de chicos.

LINO (Reteniéndola.) No se vaya usted sin decirme lo que tanto anhelo oir de sus labios. Una palabra tan solo...

DOL. Pues por dicha, hombre.

LINO ¡Oh, felicidad!

DOL. Estoy a tu lado para todo.

LINO (¡Otra vez la indirecta al abrazo! ¡Voy a dársele, no sea que se ofenda!) (Abrazándola.) ¡Gracias, gracias! ¡Me hace usted el hombre más feliz de la tierra!

JOS. (Que entra en el preciso momento de sorprender el abrazo.) ¡Atiza! (Deja caer una bandeja con cacharros que trae en la mano.)

DOL. ¡Pero otro estropicio!

JOS. Señora... yo... La verdad... Una servidora tiene las manos algo desgraciadas; pero es que en esta casa se lleva una cada sorpresa, ¡que hay que ver!...

LINO (Aparte a Dolores.) Es que nos ha visto... Tal vez lo haya oído todo.

DOL. ¿Y qué?

LINO ¡Cómo! ¿Y si se entera don Pedro?

DOL. ¡Que se entere! Algún día se tiene que enterar. ¿Es que tienes vergüenza?

LINO (¡La que no la tiene es ella!)

DOL. Es preciso que deseches esa estúpida timidez. (A Josefa.) Usted recoja esos cacharros y haga el favor de no volver a tocar nada que pueda romperse. ¡Pues sí que hemos hecho una adquisición! (Mutis por la derecha.)

ESCENA XVI

JOSEFA y LINO

JOS. ¿Me manda algo el señorito?

LINO (¡Y esta mujer es dueña de nuestro secreto! ¡Una palabra suya puede descubrirlo todo! ¡Olfateo al melodrama!)

Jos.	(Confidencialmente.) Por mí no hay cuidado, ¿sabe usté?
Lino	¡Silencio, desgraciada! De una palabra tuya depende la honra de una dama, su vida y la mía...
Jos.	No tiene usté que decirme nada, que yo sé hacerme cargo de las cosas, que he estado sirviendo en Madriz en una casa de huéspedes... y allí hasta a una servidora la daban abrazos.
Lino	Es que aquí se trata de un amor platónico.
Jos.	¿Cómo ha dicho usté?
Lino	Puro, inmaterial.
Jos.	¡Ah, ya! Así decía que me quería a mí un señorito que estudiaba pa seminarista, y cada vez qne me encontraba en los pasillos me atizaba cada pellizco que tenía señal pa quince días. ¿Y sabe usté lo que me decía cuando me quejaba? Pues que de los seminaristas salen los Cardenales.
Lino	Bueno. Aquí no se trata de nada de eso. Esa mujer es pura como el aliento de los ángeles.
Jos.	Le advierto a usté que a una servidora le parece que hace bien.
Lino	¿Tú crees que yo me lo merezco?
Jos.	No. El que se lo merece es el marido. ¡Mira que tener una hija de ocultis y meterla en casa!
Lino	¿Cómo que tiene una hija?
Jos.	¡Anda! ¿Pero es que no lo sabía usté?
Lino	Ni palabra.
Jos.	Tiene una hija a la que hasta hoy no ha reconocido.
Lino	¿Y dónde la tiene?
Jos.	Aquí mismo, en su casa. Hoy se ha decidido a abrirla sus brazos y decirla: ¡Hija mía!
Lino	¡Qué barbaridad!

ESCENA XVII

DICHOS y NICASIO

Nic.	(Dentro) ¡Muchacha!
Lino	Silencio, que viene el médico.
Jos.	Descuide usté, que a una servidora no le saca nadie una palabra.
Nic.	(Saliendo.) Joven mancebo, tenga usted la

bondad de pasar a mi cuarto y desinfectar todo el mobiliario y la ropa de la cama. ¡Ah! No se olvide usted de someter a la acción del formol un gorro de dormir que hay sobre la almohada.

LINO Descuide usted. (¡Una hija! ¡Tiene una hija adulterina!... Tal vez eso haya contribuído a inclinarla a ella.) (Mutis.)

NIC. Tú, muchacha... ¿Cómo te llamas?

JOS. Josefa.

NIC. ¿Josefa? Pues tú, Josefa, toma la muda que acabo de quitarme... ¿Cómo te llamas de apellido?

JOS. No tengo.

NIC. ¿Cómo que no tienes?

JOS. Una servidora es huérfana. No ha tenido el gusto de conocer a sus padres.

NIC. ¿Qué dices? ¿Huérfana, abandonada por sus padres? ¿Tienes veinte años?

JOS. Por ahí debo andarle.

NIC. (¡Sí será ésta y no será aquélla!)

JOS. ¿Qué le pasa a usté, señorito?

NIC. (Colándose el monóculo.) (¡No hay duda, no hay duda! ¡Es ésta! La otra es rubia, no tenía a quien parecerse. Esta es morena, como yo, como su madre... Y se me parece... A mí me parece que se me parece.)

JOS. ¿Es que me encuentra usté mala? ¿Cree usté que me va a dar eso que anda? Míreme usté la lengua. (La saca.) Tómeme usté el pulso. (Le alarga la mano.)

NIC. (Tomándosela.) (La mano, como su madre, áspera y renegrida.)

JOS. No tié nada de particular que me haiga contagiao.

NIC. (¡Haiga!... ¡Como su madre, como su madre!)

JOS. Pero, ¿por qué me mira usté tanto?

NIC. Tú no sabes que yo he venido a este pueblo a buscar a una huérfana desamparada?

JOS. ¿De veras? (¡Anda! ¿A que resulta que me sale a mí también un padre como a la señorita Pepita?

NIC. ¿Tú no has sentido ninguna impresión al verme? ¿No te ha dado un grito la sangre?

JOS. (¡Yo le digo a todo que sí, que a mí a lista no me gana nadie! ¡Menudo momio tener un padre como éste!)

NIC. Di.

JOS. He sentío una cosa que me subía y que me bajaba.

NIC. Explícate, explícate bien.

JOS. (¿Y qué le digo yo? ¡Ah, le diré lo mismo que la señorita Pepita!) ¡Padre mío! (Le abraza.)

NIC. ¡Ah! ¿Lo has adivinado? ¿Te lo ha dicho el instinto?

JOS. ¡Padre mío! ¡Veinte años sin saber que te debía el ser!

NIC. ¡Era ésta!

JOS. Abrázame, padre mío, como yo te abrazo a ti. Dime: ¡Hija mía! Que yo oiga por primera vez de tus labios tan dulce nombre...

NIC. Sí, hija mía, hija mía. Tú eres mi hija. No hay duda... (Es decir, yo no estoy muy seguro, pero por llamar hijas a todas las huérfanas que tengan veinte años, no voy perdiendo nada.)

JOS. Un beso, padre mío, un beso.

NIC. ¡No! Un beso, no... Como no te enjuagues la boca con agua oxigenada... Dime, dime todo lo que recuerdes de tu infancia.

JOS. El caso es que ahora no tengo tiempo. Me ha mandado la señora que friegue el suelo de la cocina.

NIC. ¡Cómo! ¿Tú, mi hija, fregando suelos? ¡De ningún modo!

JOS. ¿No? ¿Entonces, cuando me manden fregar suelos digo que no me da la gana?

NIC. No tienes que decir nada, porque desde este momento no sirves a nadie más que a tu padre. Ese traje tampoco es decoroso. Es preciso que te vistas como corresponde a tu nueva posición.

JOS. El caso es que no tengo otro. Me tendría usté que dar para comprarme uno nuevo.

NIC. (Hace ademán de sacar la cartera.) (¿Y si no es ésta y me gasto...?) Mira, aquí en el pueblo no vas a encontrar nada elegante, y, además, quiero que te vistas en seguida. No puedes permanecer así ni un momento más. Del armario de doña Dolores coge el vestido que más te guste y póntele.

JOS. ¿Y si se enfada?

NIC. ¡Qué se va a enfadar! Pedro y yo somos como hermanos. Me ha dicho que disponga de su casa como de la mía. O hay confianza o no hay confianza.

JOS. Bueno; pues entonces me voy a poner muy maja de arriba a abajo. Peinao y to.

NIC. Eso es. Vístete y arréglate como quien eres.

JOS. ¡Como una señorita! (¡Menuda ganga me ha caído!) (Mutis.)

ESCENA XVIII

DICHOS y LINO, después, LUCAS; luego, DON PEDRO; al final, ALCALDE y ALGUACIL

LINO He formolizado la cama, he formolizado la ropa, he formolizado el suelo... y me he formolizado las narices, porque no hago más que estornudar.

NIC. ¡Abráceme usted!

LINO No es para tanto. Hago las cosas con muy buena voluntad.

NIC. No es eso. Digo que me abrace usted porque estoy loco de contento. Porque es usted a la primera persona a la que puedo expresar mi felicidad. ¡La he encontrado!

LINO ¿A quién?

NIC. A la niña.

LINO ¿A qué niña?

NIC. Es verdad que tal vez usted no esté en el secreto... Pedro no le habrá dicho nada del secreto, e ignora usted, por tanto, lo de la niña abandonada...

LINO ¡Ah! ¡Ya sé a lo que se refiere usted! Luego ¿es cierto?

NIC. ¿El qué?

LINO Eso, que existe esa pobre niña abandonada...

NIC. ¡Ya la he descubierto!

LINO ¿Y quién es?

NIC. Josefa.

LINO ¿La criada?

NIC. Ya ha dejado de serlo.

LINO (Entonces esa chica antes me hablaba de ella misma.)

LUCAS (Entrando bruscamente.) ¡Te la has buscao!

LINO ¿Qué ha pasao?

LUCAS ¡Con lo que me has dao!

LINO Pero ¿qué pasa para que entres así?

LUCAS Que en vez de tinte para el pelo del comandante me has dao una cosa que se le ha puesto toa la cabeza, y el bigote y la perilla rubio to como una panocha.

LINO ¡El agua oxigenada!

LUCAS ¡Hay que ver cómo se ha puesto!

NIC. Como una cocote, no tiene usted que decírnoslo.

LUCAS Digo que hay que ver cómo está de furioso. Dice que es una broma y que te va a juzgar por el fuero militar.

LINO ¡Pues sí que es una broma! ¡Me fusila!

PED. (Saliendo.) ¿Qué pasa?

NIC. Nada, que el mancebo le ha dado al coronel de la Guardia civil agua oxigenada, por nitrato de plata, y se le ha puesto la cara y la cabeza como la de una pepona.

PED. ¡Hay para matarte!

LINO (Que rebusca por la estantería.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay, mi madre, que sí que me la he buscao!

PED. ¿Qué dices?

LINO Que no es lo peor lo del agua oxigenada, sino que le he dado el nitrato de plata al alcalde...

PED. ¡Arrea!

JOS. (Que acaba de salir con unos cacharros y los deja caer.) ¡Vaya si arrea!

PED. Pero ¿otra vez?

JOS. ¡Pero si es que en cuanto cojo yo un cacharro me dan un susto!

ALC. (Entrando, seguido del Alguacil, que viene renqueando y con la lengua fuera.) ¿Dónde está ese bandido? (Se tapa la cara con el pañuelo.)

PED. Calma, señor Alcalde; calma.

ALC. ¿Calma? ¡De mí no se ríe nadie! (Al perseguir a Lino.) ¡Mire usted cómo me he puesto al lavarme las erosiones. (Se descubre y muestra las narices y las mejillas teñidas de negro. Don Pedro, al verle, no puede contener la carcajada.) ¡He dicho que de mí no se ríe nadie! (Al seguir persiguiendo a Lino, todos los personajes se le van poniendo por delante para detenerle, y todos, al verle la cara, rompen a reir.) ¡Basta! El que se ría va a la cárcel! (Al Alguacil.) Detenlos a todos. (El Alguacil rompe a reir también. Josefa, que ha recogido los cacharros que tiró se tumba de risa y los deja caer de nuevo. El Alcalde comienza a repartir bastonazos. Muchísima animación y telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

NICASIO, DOLORES, PEPITA y LINO

Aparecen Dolores y Pepita curando a Lino, que tiene varias erosiones en el lado derecho de la cara y el ojo izquierdo del mismo lado en un estado lamentable.

NIC.	Ante todo la antisepsia. Desinfecten ustedes bien las erosiones con agua oxigenada.
LINO	¡No! que no me nombren el agua oxigenada, que vuelvo a desmayarme.
PEP.	Vamos, déjate curar.
LINO	El ojo. Mírame el ojo, que creo que no lo tengo.
PEP.	Sí, hombre.
LINO	¿Y la niña?
PEP.	No tiene nada la niña.
LINO	Pues creí que se me había fugado.
NIC.	Luego le examinaremos la córnea.
LINO	¿Qué dice que me va a examinar?
PEP.	No quisiera ofenderte, pero me parece que ha dicho que la córnea.
NIC.	Tápenle ustedes las erosiones con unas tiras de tafetán para evitar toda infección. Yo voy a buscar a Pedro, pues me temo que haya hecho alguna barbaridad con el alcalde.
DOL.	Sí, vaya usted que estoy preocupadísima.

NIC. Hasta luego. (Mutis foro.)
DOL. Yo creo que ya está bien.
LINO Perdone usted que no dibuje una sonrisa para darle las gracias; pero es que me lo impide el tafetán. (¡Dios mío, qué rídiculo debo parecer ante sus ojos!)
DOL. (Que recoge todos los objetos que han servido para la cura y hace mutis por la derecha.) No hace falta, hombre. Demos gracias a Dios porque no haya sido más que esto.

ESCENA II

LINO y PEPITA

PEP. Es verdad, porque yo, por un momento, creí que te mataba. Pero dime, ¿cómo tú, siempre tan cuidadoso, has podido equivocar el nitrato de plata con el agua oxigenada?
LINO No sé, Pepita; no sé. Hoy estoy algo trastornado. He experimentado grandes emociones...
PEP. (¡Pobrecillo! Casi, casi tengo yo la culpa.) Dime, dime, ¿han sido muy agradables esas emociones: (¡A ver si tirándole de la lengua me dice de una vez que me quiere!)
LINO Inefables..., inenarrables..., insuperables... Pero no puedo, no puedo decirte más.
PEP. (¡Jesús, qué maldita timidez! ¡Y luego tanta pasión en los versos!) Bueno, hombre, bueno. Esperaré a que desbordes tu poesía en el libro de las recetas...
LINO (¡Cielos! ¡Ha sorprendido mi correspondencia con su hermana!)
PEP. Por cierto que podías buscar un correo más seguro, porque lo mismo que han caído los versos en mis manos podían haber caído en otras.
LINO ¡Y me había caído yo! ¡Calla, que me pones los pelos de punta!
PEP. ¡Qué atrocidad, hombre!
LINO ¡Si los llega a leer él!
PEP. ¿Quién?
LINO Don Pedro.
PEP. ¿Y qué?
LINO ¡Nada!

PEP. Me parece que no tiene ningún derecho...

LINO ¿Que no tiene ningún derecho?...

PEP. Ninguno.

LINO ¡Ah! ¿Es que tú también estás en el secreto?

PEP ¿En qué secreto?

LINO En el de la paternidad secreta.

PEP. ¡Ah! Pero ¿tú también conoces el secreto?

LINO Lo sé todo.

PEP. (¡Ay, por fin, voy a saber quién es mi padre!) Dime, dime quién es. Descifra la incógnita. Yo sé que existe, pero no sé quién es.

LINO Pues es Josefa.

PEP. ¿Qué Josefa es mi padre?

LINO No, mujer. Que Josefa es la hija de su padre.

PEP. ¡Cómo! ¿Pero quién es su padre?

LINO ¡Ah! Pero ¿es que tú no sabes que Josefa es hija de don Pedro?

PEP. ¡Qué dices! Eso no es posible.

LINO Te lo aseguro. Me lo ha dicho ella. Me lo ha confirmado don Nicasio.

PEP. ¡Pobre hermana mía!

LINO Por Dios, no seas indiscreta. Yo te lo he dicho porque creí que lo sabías... Pero oye, ¿a qué te referías tú?

PEP. A mí... Pedro me ha dicho que tal vez conociese a mi padre... Me ha preguntado por mis primeros años...

LINO (¡Oh, qué horrible sospecha! ¡Esta también es hija suya!)

PEP. Luego me ha reconocido... Ha examinado detenidamente mis rasgos y me ha recomendado el mayor secreto...

LINO (¡El caos!)

PEP. Ahora dime tú; explícame este misterio...

LINO Imposible... (Si ella se da cuenta de que es su padre, no podrá consentir que me ame su hermana, que, al fin y al cabo, es su madre, por ser mujer de su padre, por ser ella hija de su cuñado, y ella cuñada de su madre e hija de su hermana...)

PEP. Ten compasión de mi incertidumbre.

LINO Calla, que por ahí viene el monstruo.

PEP. No quiero verle. Voy al lado de mi desventurada hermana. ¡Pobre Dolores! (Mutis derecha.)

LINO ¡Qué espantosa *taragedia!*

ESCENA III

LINO y DON PEDRO

PED. (Entrando.) ¡Amenazarme a mí! (Saca el revólver del bolsillo de la americana. Le desmonta y le coloca sobre la mesa del centro de la escena.) Montado le llevaba en este bosillo para no tener más que alargar la mano y, ¡zas! (Toma una botella de jerez de la anaquelería y, con una copita, la pone sobre el velador. Se bebe una copa y deja la botella y la copa mediada sobre la mesita.)

LINO (Que tiembla al ver el revólver.) (¡Si me pusieran campanillas en las piernas parecería el hombre orquesta!)

PED. (Paseándose furioso.) ¡A mí a la cárcel! ¡A mí con gritos! ¡Maldita sea!

LINO (¡Temo que me conozca algo en la cara! Disimularé mortereando.) (Coge un mortero de los de cristal, que su pulso temblón hace sonar como una campana.)

PED. Pues así que no me he levantado yo hoy con ganas de pegar un tiro a alguien.

LINO (¡Le voy a servir de desayuno!) (Repiquetea en el mortero.)

PED. Pero ¿qué es eso? ¿Por qué tiemblas?

LINO No... si no tiemblo... Es que tintinea el mortero.

PED. ¿Y por qué me guiñas el ojo? ¿Por qué me haces esos gestos?

LINO No... Es que me tira... Que me tira el cafetán, digo, el tafetán.

PED. ¡Yo sí que te voy a tirar a ti!

LINO (¡Ya, ya me ha llegado la hora!) (Repiquetea en el mortero.)

PED. Te tengo que ajustar las cuentas.

LINO Verá usted... es que como el preparado de nitrato de plata estaba envuelto en un papel opaco y el agua oxigenada lo mismo, creí que el nitrato...

PED. ¡No se trata de eso!

LINO ¡Ah! ¿No trata usted de nitrato?

PED. Eso es cuenta mía. De un error en la botica, yo soy el responsable. El Alcalde me amenazaba con la cárcel, y el Comandante de la

Guardia civil, lo mismo; pero me he puesto serio, y han tenido a bien callarse.

LINO Claro es que tampoco les conviene que se sepa que el uno se tiñe y que al otro le pega su mujer...

PED. Se han callado porque vieron que iba a terminar la cosa a tiros... Y para que vean que yo no me achico, luego irás tú a cobrar las recetas.

LINO No, señor; ya he cobrado...

PED. Precisamente. Eso que te han hecho tienes que lavarlo con sangre.

LINO No, no. Me conformo con el ácido bórico.

PED. Como quieras. No hablemos más de eso y vamos a lo que importa. ¿A ti te parece decente lo que estás haciendo?

LINO (¡Ay, lo sabe, lo sabe!)

PED. ¡El caballero está enamorado! Por eso tal vez equivoca las medicinas. ¡Y tomándome a mí por tonto!

LINO (Cayendo de rodillas.) ¡Perdón, perdón!

PED. Pero, hombre, ¿de rodillas y a mis pies! (Ríe estrepitosamente.)

LINO (¡Ay, la carcajada histérica! ¡Ahora es cuando viene el tiro!)

PED. ¡Esto ya no es timidez! (Va hacia el velador y alarga la mano.)

LINO ¡Ay! ¡Jesús mío, acógeme en tu seno!

PED. (Apurando la copa de Jerez.) Pero, ¿qué dices? ¡Qué criatura más cobarde! ¿Es que crees lo menos que te voy a matar? ¡Tiene gracia! Levántate, hombre, levántate. (Coge el mortero que Lino había dejado en el suelo.) Dame la mano. (Lino le alarga la mano.) ¡La del mortero, estú pido! Pero, ¿es que te figurabas que yo me iba a enfadar?

LINO ¿No?

PED. ¡Por una tontería!

LINO ¿Una tontería?

PED. ¡Claro, hombre, claro! Me molestó únicamente que trataras de ocultármelo, porque no correspondes a la confianza que me mereces...

LINO ¿Habla usted en serio?

PED. ¡Completamente, criatura! Yo, conque la quieras mucho y la trates bien, estoy satisfecho.

LINO (¡Quién podía esperar este final!)

PED. Y pensando egoístamente, comprenderás, te

lo digo en confianza, que cuanto antes me libres de esa carga, mejor.

LINO ¿Es posible?

PED. No es que me moleste ni que me sea enojoso tenerla a mi lado; pero como no soy hipócrita, no te oculto que me conviene endosártelo.

LINO (¡Qué cínico!)

PED. Desecha esa timidez tan estúpida, y ya sabes que cuentas con mi autorización. Venga esa mano. (Lino le da la del mortero.) ¡Ahora te pido la tuya, hombre! (Se la estrecha.) Hasta luego, que he dejado a Nicasio tratando de blanquear al Alcalde y de ennegrecer al Comandante, y temo que los ponga de cualquier color. (Mutis foro después de guardarse el revólver.)

ESCENA IV

LINO y DOLORES

LINO ¡Quién iba a pensar que este hombre, que parecía un marido de un drama de Calderón, iba a resultar de una novela de Belda! ¡Cómo está el mundo de corrompido! (Sale Dolores.) ¡Oh, felicidad!

DOL. ¿Estás hablando solo?

LINO No. La exclamación la he lanzado al verla a usted.

DOL. ¿Y por qué?

LINO Porque acabo de tener con su esposo una explicación clara, definitiva.

DOL. ¿Y qué?

LINO Al ver mi energía, mi decisión, mi valentía, ha acabado por confesarme que estaba deseando librarse de usted.

DOL. ¿Cómo?

LINO Que para él era usted una carga, que no le molestaba tenerla a su lado, pero que le convenía endosármela cuanto antes.

DOL. Pero, ¿de qué me estás hablando?

LINO De su marido, que se ve que está harto de usted.

DOL. ¡Pero si eso no es posible! ¡Si aun siendo verdad, no venía a qué decirte semejante disparate! ¡Tú estás loco!

LINO — Pero, ¿no ve usted que está enterado de todo?

DOL. — ¿Cómo?

LINO — Que se ha enterado. Yo sospecho que se lo ha dicho su hija, que también está enterada.

DOL. — Pero, ¿qué hija?

LINO — No sé si debo... No me parece noble... Pero, en fin, ya que se me ha escapado, y tratándose de un hombre tan indigno, tan cínico, tan despreciable, se lo diré a usted... Su marido tiene una hija.

DOL. — ¡Jesús! Pero, ¿no es esto una pesadilla? ¡No, no es posible!

LINO — Le advierto a usted que él no trata de ocultarlo.

DOL. — ¿Y quién es? ¿Dónde está?

LINO — Aquí mismo. Ha tenido la avilantez de traerla a esta misma casa.

DOL. — ¿Eh?

LINO — La ha traído haciéndola pasar por una criada para tenerla a su lado. Es Josefa.

DOL. — ¡Ah, infame! Por eso me vino diciendo que era una maravilla y me la recomendo con tanto interés ¡Ahora verás tú! (Llamando por la derecha.) ¡Josefa!... ¡Josefa! ¡Venga usted acá!

ESCENA V

DICHOS y JOSEFA

Josefa viene ataviada con un magnífico traje de seda de vivos colores y moda exagerada, que le sienta horriblemente y le está muy grande o muy chico, según el cuerpo de la actriz encargada del papel de Dolores. Josefa quiere disimular su natural ordinariez adoptando ademanes finos, que resultan cómicamente ridículos. No sabe qué hacer de las manos. Se tira continuamente de la falda para alargarla y del corpiño para achicar su exagerado escote. El peinado es fantástico. El moño pueblerino, y el pelo estiradísimo que llevaba en el primer acto se ha convertido en un promontorio de rizos y adornos, parodiando el tocado de una elegante. Todos los demás detalles de la indumentaria se fían al talento y dotes de observación de la actriz

JOS. — ¿Me llamaba usted por un casual? (Se mira y remira en un espejo que habrá en un lateral.)

DOL. — Pero... ¿Es ella?

LINO — No sé qué le diga. A mí me parece la Bertini.

Jos. Ya, ya suponía yo que no me iban a conocer en cuanto me vistiera como es debido. Como que pierde una mucho con el traje de trapillo.

LINO ¡Atiza!

DOL. ¡Si ese traje es mío!... El que me trajeron de Madrid para los juegos florales.

Jos. Se le sacaron a usté un poco corto y muy descarao por aquí. A una servidora no le gustan estas indecencias.

DOL. ¡Esto es el colmo! ¿Quién le ha dado a usted permiso para ponerse ese vestido?

Jos. ¡Eh, eh, poco a poco! No se sulfure usté. Ha sido mi señor padre el que me ha mandao que me vista como corresponde a mi nacimiento.

LINO (Aparte a Dolores.) ¿No dudaba usted de lo que le decía?

Jos. Vestida así resulto una persona fina, ¿verdad?

DOL. ¡Basta!

Jos. Se conoce que no se ha fijao usté bien. Repare, repare si resulto yo basta. Parece que he llevao estas cosas toa la vida. Claro, como que cuando ha nacío una en una buena cuna no lo pué disimular.

DOL. ¡He dicho que basta!

Jos. Bueno, como usté quiera. (¡Envidia que tié la pobre!)

DOL. Inmediatamente se va usted a la calle. ¡A la calle en seguida!

LINO (¡Si se va así a la calle se va a armar un motín!)

Jos. ¿Qué dice usté? ¿Que me vaya? ¿Me despide usté?

DOL. En el acto. No quiero verla a usted más, porque no respondo.

Jos. ¡Ja, ja!

DOL. ¿Qué dice usted?

Jos. Que ja, ja. Que yo no soy una criada, que me ha dicho mi señor padre que cuando me manden fregar los suelos diga que no me da la gana.

DOL. Pero, ¿has visto qué poca vergüenza? Quítese de mi vista, descarada, rabanera!

Jos. ¿Quién es usté para insultar así a una servidora? ¡Pues hasta ahí podíamos llegar! ¡Sinvergüenza una servidora!... Pues ¿y usté?

La culpa la tengo yo por haber hecho la vista gorda en vez de haber ido a decir a su marido la finca que tenía en casa.

DOL. ¿Qué está usted diciendo? (A Lino.) ¿Qué es lo que dice que ha visto?

JOS. Vamos, usté se creía que una era tonta; pues no, señora, que soy lista y bien lista, que por eso me llaman la Polvorilla, y en cuanto entré aquí las cogí al vuelo. Así que tardé mucho en sorprender aquí (Por Lino.) abrazándola aquí.

DOL. ¡Eso es mentira!

JOS. Lo vi yo todo desde allí,

DOL. ¿Te parece, Lino, qué infamia?

LINO (¡La que se va a armar!)

DOL. Di la verdad. Di por qué me abrazabas. Di de qué me estabas hablando.

LINO (Quiere que invente algo para disimular, pero lo veo difícil.) Pues la abrazaba a usted... La abrazaba a usted...

DOL. De alegría, porque autorizaba tus amores con mi hermana.

LINO ¡Justo!... Por eso la abrazaba. De alegría por lo de su hermana. (¡La inventiva que tienen las mujeres!)

JOS. ¡Ja, ja!

DOL. ¿Es que puede usted dudarlo? (Llamando.) ¡Pepita! ¡Pepita!... No debiera yo descender a darle a usted explicaciones; pero lo hago para confundirla, para que no tome cuerpo semejante calumnia. Semejante infamia.

ESCENA VI

DICHOS y PEPITA

PEP. ¿Qué quieres?

DOL. Vas a decir la verdad a todo lo que te pregunte.

PEP. (Mirando extrañada a Josefa y a Lino, que hace gestos.) Pero ¿quién ha puesto así a este adefesio? (A Lino.) ¿Tanto te tira el tafetán? ¡Jesús, qué gestos tienes que hacer!

LINO (¡Ay, cree que la guiño el ojo por el tafetán!)

DOL. No te distraigas con tonterías y responde a lo que te pregunte, que se trata de mi honor.

PEP. ¿De tu honor?

DOL. Sí. Hay que deshacer un equívoco para que no se me calumnie. ¿No me confesaste esta mañana que Lino estaba enamorado de ti? (Pepita mira a Lino, que hace nuevos gestos.)

LINO (Di que sí.)

PEP. Sí.

LINO (¡Vamos, me ha comprendido!)

DOL. ¿No convinimos en que yo hablaría a Lino para darle mi conformidad y que desechara su timidez?

PEP. (Mirando a Lino.) (¡No sé si me guiña por el tafetán o para que diga que no!)

DOL. Contesta. Di toda la verdad.

PEP. Sí, porque Lino parecía tonto.

LINO Eso es. Tonto, tonto...

DOL. Ya lo ha oído usted. Ahora a la calle inmediatamente.

JOS. ¡Ah, eso sí que no! Yo no me puedo ir sin que me lo mande mi señor padre.

PEP. ¡Ah! Pero ¿es cierto?

DOL. Sí, hermana mía, sí. ¿También lo sabías tú?

PEP. Me lo había dicho Lino.

DOL. (Rompiendo a llorar.) ¡Ay, qué desgraciada soy! ¡Infame! ¡Monstruo!... ¡Yo me voy con mi madre! Lino, vé a avisarla en seguida...

PEP. Tranquilízate, mujer. No llores así. Anda, anda a tu cuarto. No sea que entre alguien y te vea de este modo.

DOL. Anda, Lino, vete en seguida a buscar a mi madre.

LINO (¡Pues vaya un encarguito!... Le diré que no la he encontrado.)

JOS. A pesar de todo lo que ha pasao, si quiere usté que una servidora...

DOL. ¡No se ponga usted delante de mi vista! (Mutis acompañada de Pepita.)

LINO (Después de haber entrado para coger el sombrero.) Buena la has armao. Si no fuera porque cuento con el consentimiento de él, había para retorcerte el pescuezo. (Mutis foro.)

ESCENA VII

JOSEFA; después, NICASIO

JOS. ¡Cómo le duele a la gente que le digan las verdades! Por más que yo creo que por lo que se ha enfadao ha sido por lo del vestido.

Se notaba a la legua la envidia que le daba ver que me sienta mejor que a ella. ¡La que se va a armar en mi pueblo cuando yo me presente así! Estoy viendo a Rebustiano, el hijo del juez, venir a decirme: —¡Señorita doña Josefa, la quiero a usté como una bestia!—Y yo le contestaré, poniéndome así, como las señoritas de Madriz: —No puedo acetar sus relaciones, porque me pretende un marqués.

NIC. (Entrando por el foro.) ¡Hola, hija mía! ¿Te has puesto ya el vestido que te he regalado?

JOS. No. Este es el de la señora.

NIC. Bueno, pero te lo he regalado yo.

JOS. Pues a ella le ha sentao mu mal.

NIC. Con tal de que te siente bien a ti... Que me parece que no te sienta...

JOS. Arrepare, arrepare usté bien...

NIC. Sí... Se ve la mezcla de sangres... En unas cosas se te nota mi distinción, en otras la ordinariez de tu difunta madre... Oye, esas medias a rayas y esas alpargatas, la verdad, no están en concordancia con el vestido. Te tienes que poner unas medias caladas.

JOS. ¡Anda, pa costiparme!

NIC. Y unos zapatos de tacón alto...

JOS. ¿Con tacones? ¿Pa andar así como las señoritas y trompezar y caerme de boca?

NIC. Tienes cuidao. Anda, póntelos.

JOS. Bueno, to será romperme las narices. Deme usté...

NIC. Para probar, ponte unos de Dolores o de su hermana.

JOS. Es que...

NIC. Nada. O hay confianza o no hay confianza.

JOS. Es que ya le he dicho a usté que se ha enfadao mucho por lo del vestido.

NIC. ¡Ah! ¿Sí?

JOS. Se ha puesto como una furia y me ha dicho ca cosa...

NIC. ¡Lo que es la gratitud humana!... Mira que a mí no me gusta abusar y que ando con mil delicadezas si llego a ser como otros...

JOS. Pero no se crea usté que yo me he mordío la lengua.

NIC. Has hecho muy bien.

JOS. Le solté lo del mancebo.

NIC. ¿Qué es lo del mancebo?

JOS. Toma, pues que este muchacho tan guapo que hace aquí los potingues y la boticaria... Usté ya me entiende.

NIC. Pues no te entiendo.

JOS. Que doña Dolores y el señorito Lino... (Junta las manos por los dedos índices.) y el boticario... (Estira los índices por encima de la frente.)

NIC. No digas más. Ese gráfico me ha convencido. Pero, oye, ¿estás segura?

JOS. ¡Anda! ¡Si los ha sorprendido una servidora dándose abrazos!

NIC. ¡Qué escándalo!

JOS. ¡Ya, ya! Esta es la casa de los líos. Me tié usté que sacar de aquí si no quié que me corrompa.

NIC. Ya hablaremos de eso. Voy a desinfectarme, que he andado por el pueblo viendo a unos y a otros... Luego hablaremos. (Mutis por la derecha.)

ESCENA VIII

JOSEFA y DON PEDRO

PED. (Por el foro.) ¿Ha vuelto don Nicasio?

JOS. Sí, señor. Ahora mismo. Está en su cuarto fumigándose.

PED. (Fijándose en ella.) Pero, oye, ¿quién te ha vestido así?

JOS. Yo sola.

PED. Pero ese traje... Me parece...

JOS. Sí. Es de la señora. Buena se ha armao por el dichoso vestido... Como la señora estaba muy quemada porque se ha enterao de lo de la señorita...

PED. ¿Qué dices?

JOS. Es inútil que disimule usté. Lo sabe todo.

PED. Pero, ¿qué es lo que sabe?

JOS. ¡Toma! Que la señorita Pepita sabe ya quién es su padre. (Con intención.)

PED. ¡Ah, ya!

JOS. Me lo ha contao tó... Claro que en secreto.

PED. Muy mal hecho de todos, pues la encargué que por ahora no dijese una palabra a nadie. (Seguramente ha hablado con Nicasio y él no ha podido contenerse. Es natural, en medio de todo.)

JOS. Al enterarse la señora ha puesto el grito en el cielo.

PED. ¿Lo sabe también mi mujer?

JOS. Alguna mala lengua. Hay personas que se complacen en encizañar.

PED. Bueno, pero y después de todo, ¿qué?

JOS. ¡Menudo disgusto!

PED. ¿Se ha disgustado?

JOS. ¡Claro! ¡Como que ella no sabía nada, al descubrir lo que usté la ocultaba!...

PED. (Sí, en medio de todo tiene razón. Se ha ofendido porque yo tenga secretos para ella y le diga una persona extraña lo que yo he debido decirle a ella la primera.)

JOS. ¿Se ha quedado usté caviloso?... Yo, la verdá, se lo he dicho to con la mejor intención.

PED. Sí, mujer. Te lo agradezco mucho.

JOS. ¡Ah, mucho cuidao con el mancebo!

PED. ¿Con el mancebo?

JOS. Sí. Con el señorito Lino.

PED. ¿Qué pasa?

JOS. Que es demasiao aficionao a los abrazos.

PED. (¡Mira el tímido! Se conoce que le ha sorprendido abrazando a la novia.) No te preocupes. Le he dado yo permiso.

JOS. ¿Usté?

PED. Sí, mujer, sí. Eso no tiene nada de particular. Hay que hacer la vista gorda, como si uno no se enterase.

JOS. (¡Jesús, en mi vida he visto mayor poca vergüenza! ¡Qué escándalo de casa! ¡Como mi padre no me saque pronto de aquí, me voy a corromper!) (Mutis.)

ESCENA IX

NICASIO y DON PEDRO

NIC. (Saliendo.) Hola, ¿estás aquí?

PED. Fuí a buscarte al Ayuntamiento y ya no estabas.

NIC. Me obligaron a hacer algunas visitas. Por cierto, cuando vengan recetas mías con una cruz en una esquina, no las despaches.

PED. ¿Con qué objeto?

NIC. Con el de evitar una cruz en el cementerio.

En los años que llevo sin ejercer he perdido la brújula, chico, y temo que mi visita a este pueblo sea hecatómbica. Luego he ido a ver al encargado de los registros civiles y le he dicho que le darás una gratificación de cien pesetas si halla el rastro del nacimiento de mi hija, porque se me olvidaba decirte que por fin la he encontrado.

PED. Lo sé. Por cierto que me he enterado de que mi mujer se ha enfadado porque no se lo dije a ella la primera.

NIC. ¡Cosas de las mujeres!

PED. Me callé, primero, porque tú me habías recomendado el secreto, y después, porque sin tener una seguridad me parecía muy fuerte decir a Dolores: tu hermana Pepita, a la que creías huérfana, es hija de mi amigo Nicasio.

NIC. ¡Ah! ¿Qué dices? ¿Luego es Pepita y no es Josefa?

PED. La puedes llamar como te dé la gana.

NIC. No, si no es eso... Pero, bueno, ¿es que tú has hecho alguna averiguación?...

PED. Hablé con ella; luego me han dicho esto de mi mujer. En el Ayuntamiento me dieron ciertos datos.., y, por lo visto, todo el mundo está ya enterado.

NIC. ¡Ah, si el primer grito del corazón es el que hay que atender!.. ¡Calla, oigo su voz! Te ruego que me dejes solo con ella. Estas grandes emociones familiares quiero experimentarlas sin testigos... ¡Ya te harás cargo!

PED. Sí, hombre. En el jardín estoy si me necesitas. (Mutis por la izquierda)

ESCENA X

NICASIO Y PEPITA

PEP. ¡Oh, he entrado en su habitación y creí que me ahogaba! Me parece demasiada desin fección.

NIC. Yo sí que me ahogo de emoción al verte.

PEP. ¿Qué?

NIC. (¡La infeliz ignora que soy yo el padre que ha encontrado! ¡Qué alegría voy a causarle!). Prepárate a recibir una dulce emoción...

Ten ánimos. . No te conmociones demasiado. .

PEP. ¡Acabe usted, por Dios!

NIC. ¡Hija mía!

PEP. ¡Cómo!

NIC. ¡Yo soy tu padre!

PEP. ¡Ah, por fin lo encontré, por fin sé quién es! ¡Padre mío! (Le abraza.) ¿Será cierta tanta felicidad?

NIC. Sí, hija mía, sí. Se han hecho las averiguaciones del caso. Yo he dado encargo en el Registro de que averigüen tu origen, legalicen tu nacimiento para yo reconocerte...

PEP. ¡Qué feliz soy!... ¡Qué alegría poder decir a mi novio: No soy huérfana, no soy una mujer sin nombre, como tú creías...

NIC. ¡Ah! Pero ¿tienes novio?

PEP. Y le quiero con toda mi alma.

NIC. ¿Y quién es?

PEP. Es Lino...

NIC. ¿El practicante?

PEP. Que dentro de cuatro años será boticario; yo le haré que se aplique a estudiar...

NIC. ¡Desventurada! ¿No sabes que ese hombre es un miserable?

PEP. ¿Cómo un miserable?

NIC. Duro se me hace el decírtelo, pero es preciso. Ese hombre es el amante de la mujer de Pedro.

PEP. ¡Imposible!

NIC. Ya sabes que yo soy un policía sagaz.

PEP. Esta vez se ha engañado usted.

NIC. Te advierto que los han sorprendido aquí mismo besándose, jurándose amor eterno, dándose unos abrazos...

PEP. ¡Ay! ¡Ahora caigo! Los ha sorprendido la criada. Por eso me llamaron a mí para justificar... ¡Ah, miserables!

NIC. ¡Silencio!

PEP. ¡Ah, qué de acontecimientos en unas horas! ¡Qué de cosas han pasado en esta casa desde esta mañana!... Encuentro a mi padre, se me declara Lino... Dolores vendiéndome, vendiéndole a la vez a su marido. Este vendiéndole a ella, ocultándola que tenía una hija...

NIC. ¿También? ¿Pedro tiene una hija de ocultis?

PEP. Sí, señor, también.

NIC. ¡Oh, he tropezado con una aventura que ni de película!

PEP. Tanta emoción es superior a mis fuerzas. Me ahogo. Me siento muy mal. Parece que me falta el aire...

NIC. Ven, saldremos aquí fuera. Apóyate en mi brazo, hija mía.

ESCENA XI

DOLORES; en seguida, JOSEFA

DOL. (Saliendo por la derecha.) ¿Habrá venido ya Lino de buscar a mi madre? ¡Lino!

JOS. ¿Llamaba usté?

DOL. ¿Aún está usted aquí? ¡Quítese de mi vista! Puede usted ir a decir a su padre que le voy a dejar tranquilo. Así podrán ustedes vivir a sus anchas en esta casa.

JOS. ¡Ca! Yo no me quedo aquí. Mi papá me quiere llevar a Madriz. ¿No les ha contao a ustedes mi padre que ha venío a buscarme al pueblo precisamente por eso, porque me me había dejao huérfana?

DOL. ¡Eh! ¿Qué está usted diciendo? Pero, ¿quién es su padre?

JOS. ¡Toma, vaya una pregunta! Don Nicasio.

DOL. ¡Jesús, María y José!... Entonces, todo lo que decía usted antes era refiriéndose a él?

JOS. ¡Pues claro! ¿A quién iba a ser?

DOL. ¿Y él ha sido el que la ha mandado ponerse mi ropa?

JOS. Mientras me hacían otra en Madriz, porque la del pueblo no le parecía bastante elegante para una servidora.

DOL. ¡Pues no ha movido usted menudo enredo, hija mía! Ande usted, ande usted y hágame una taza de tila con unas gotas de azahar.

JOS. El caso es que me ha dicho mi padre que cuando me manden hacer algo diga que no me da la gana, que para eso soy una persona fina.

DOL. ¡Ah, pues no se incomode usted! Me la haré yo misma. (Mutis por la derecha.)

JOS. Eso no. Deje usté, que una servidora no es orgullosa, y un favor se le hace a cualquiera. (Mutis tras ella.)

ESCENA XII

NICASIO y PEPITA

NIC. Vamos, ya estás bien. Si te vuelve el mareo toma unas gotas... Quédate aquí tranquilita, que yo voy a mandar recado al Ayuntamiento, diciendo al del registro que Pedro le dará doscientas pesetas, en vez de ciento, si me busca en seguida en los libros tu nacimiento... ¿Continúas triste?

PEP. Sí, padre mío. Mucha es la alegría que tengo por haberle encontrado; pero la perfidia de Lino y la infamia de Dolores me han llegado al alma.

NIC. ¡Bah, no hagas caso! Ya te buscaré yo otro novio. No llores. Adiós. (Mutis por el foro.)

ESCENA XIII

PEPITA, en seguida DON PEDRO

PEP. ¡Que no llore!... Perder al hombre que adoraba. Sufrir un desengaño tan grande de la que yo consideraba como una hermana... ¡Es mucha desgracia la mía!

PED. (Por la izquierda, con el sombrero lleno de albaricoques.) ¿Y Nicasio? Os llamaba desde la huerta para que vinieseis a coger albaricoques. Mira, ya están maduros algunos, y he cogido unos cuantos. Pero, ¿estás llorando? ¿Qué te pasa?

PEP. Nada... Nada.

PED. No, no. Contesta. ¿Qué tienes?

PEP. Pues sí. Voy a decírtelo. No merecen tanta consideración ni el uno ni la otra. Nos vengaremos los dos.

PED. ¡Explícame esas palabras!

PEP. Pues bien; tu mujer... (¡No, no: Dios mío, con el genio que tiene es capaz de matarla y de matarle a él!)

PED. ¡Acaba!...

PEP. No puedo, no puedo decirte más...

PED. Pepita, que tus palabras me hacen adivinar algo muy grave...

PEP. Haz cuenta de que no te he dicho nada... Aléjate de este pueblo con tu hija... Ella te consolará...

PED. ¿Mi hija?

PEP. Sí. No disimules conmigo. Lo sé todo.

PED. (Esta chica se ha vuelto loca!)

PEP. Huye con ella y no me preguntes más.

PED. ¡Ese Lino te ha hecho perder el juicio!

PEP. No me hables de ese pérfido. Nuestros amores son imposibles. (Vase por la derecha.)

ESCENA XIV

DON PEDRO; luego LINO

PED. Pero, ¿qué incongruencias dice?... El caso es que me ha dicho que mi mujer... que nos venguemos... que su amor con Lino es imposible... Calma... calma, que se me ocurre una sospecha... Que mi sangre se enciende... que una nube ciega mis ojos... ¿Será posible que Lino y Dolores?

LINO (Entrando por el foro.) (¡El monstruo!)

PED. (Me dan ganas de estrellarle... Pero no, a ver si le cojo desprevenido y suelta prenda.) Ven acá, hombre; ven acá... No me has dicho cómo van tus amores... Si has adelantatado algo...

LINO (¡Me da frío tanto cinismo!)

PED. ¿Has hablado con ella?

LINO Sí... Es indudable que su conducta de usted ha contribuído a decidirla.

PED. ¿Mi conducta?

LINO Claro, lo de la niña... El saber que estaba usted deseando endosármela...

PED. ¿Endosarte a quién?

LINO ¡Toma, a su mujer!

PED. ¡Insensato! ¿Qué es lo que dices? (Echa mano al revólver.)

LINO Pero, ¿por qué se pone usted ahora así?

PED. Habla, habla antes de que te salte la tapa de los sesos. ¡Canalla!

LINO ¡Ay, ay, Virgen Santísima! Pero, ¿qué cambio es éste? ¿No me había usted dicho que lo consentía?

PED. ¿El qué?

LINO Mis amores con...

PED. ¡Con Pepita! ¿Qué es lo que te habías creído tú, villano?

LINO ¡¡¡Mi madre!!!

PED. ¿No me hablabas tú de tus relaciones con mi cuñada?

LINO Sí... Sí, justo... De mis amores con Pepita, con Pepita... con Pepita...

PED. Entonces, ¿por qué balbuceas? ¿Por qué tiemblas?

LINO No. Si no tiemblo... Si me río del equívoco... Mire usted cómo me río... ¡Je, je, je!...

PED. ¡Basta! No mientas más... No creas que te burlas de mí... Voy a llamarla a ella... Os pondré frente a frente... ¡Y ¡ay! de vosotros si son ciertas mis sospechas!... (Yendo hacia la derecha.) ¡Dolores!... ¡Dolores!... ¡Ven acá en seguida! (Se queda mirando hacia el interior, esperando la llegada de Dolores.)

LINO (¡No, antes la muerte que descubrirla! ¡Antes la muerte que un tiro en los sesos! ¡Moriré por ella como un hombre! ¡Venga el sublimado! (Coge una botella y vierte sobre la copa del velador un líquido rosado.) ¡El láudano! (Echa en la copa unas gotas de un frasco.) Si ese monstruo quiere reñir conmigo, tendrá que reñir con un cadáver. (Se bebe la mitad del contenido de la copa.)

ESCENA XV

DICHOS y DOLORES

DOL. (Por la derecha.) ¿Me llamabas?

PED. Responda usted a lo que se le pregunte. ¿Es cierto que atentaba usted contra mi honor?

DOL. ¿Qué estás diciendo?

PED. Es inútil fingir. Lo sé todo, y ha llegado la hora de mi venganza.

LINO (¡Me parece que el veneno no me va a llegar a tiempo!)

DOL. Si todo esto es una estratagema para justificar tu infame conducta, bien está; si no, sepa usted que yo no tolero ninguna sospecha que me ofenda.

PED. ¿Cómo?

DOL. Ya sé que estás harto de mí, que estabas

deseando librarte de mí, que te molestaba tenerme a tu lado, que te convenía endosarme cuanto antes...

PED. Pero, ¿qué cúmulo de falsedades y de infamias estás diciendo?

DOL. No finjas esos arrebatos, no mientas. Habla, Lino. Defiéndeme.

LINO Pues hablaré, sí, señor; hablaré. Ya no tengo miedo al tiro, porque voy a morir. Acabo de ingerir ese veneno (Señala la copa.) y sólo me quedan unos minutos de vida. Sepa usted que esa mujer me ama, que yo la amo, que le odiamos a usted y que nos reímos de sus amenazas. Así. ¡Ja, ja, ja!...

PED. ¡Oh!... ¡Has pronunciado tu sentencia de muerte!

DOL. Pero, ¿qué estás diciendo?

LINO La verdad. ¿No ha oído usted que voy a morir? ¡Tómese usted lo que queda de la copa, y muramos juntos!

PED. ¡La prueba, la prueba de todo lo que estás diciendo!

LINO Sí, señor; le daremos a usted la prueba. (A Dolores.) Bébase usted eso, que voy a dársela. Aquí está la prueba. Los versos en que esa mujer, en un momento de inspiración, de fuego, de poesía, contestó a los que yo le había hecho. Aquí están. Déselos usted. (Le da a Dolores los versos.)

DOL. ¿Y qué es esto?

LINO Mis versos y los que usted me dejó en contestación, metidos en el libro de las recetas.

DOL. ¡Esto es cosa de Pepita!

LINO ¿Eh?

PED. Entonces, ¿qué dice este majadero?

DOL. Es bien sencillo. Ya te dije esta mañana que Pepita me contó que Lino se le había declarado, por fin, y que ella le había dicho que sí. Después hablé yo con este necio para darle ánimos...

LINO ¡Ah! ¿Lo que me decía usted me lo decía por Pepita?

DOL. ¡Pero si hasta me abrazaste de emoción y de gratitud!

PED. ¡Y él ha supuesto que le abrazabas por su linda cara!... Si eso que tiene es cara, que parece un garbanzo. Pero, déjame que se la voy a desfigurar.

DOL. ¡No le hagas nada!

LINO Que me haga lo que quiera. En medio de todo, voy a morir dentro de tres minutos.

DOL. ¡Ay, por Dios, dale un contraveneno!

PED. ¡Déjale que reviente, y así me evita el trabajo de matarle!

DOL. Siquiera por Pepita; con lo enamorada que está de él, le va a costar a ella también la vida.

PED. No te preocupes. No pierde nada por quedarse sin ese títere; y ahora, con los tres millones de pesos que le ha dejado su tío de la Habana, no ha de faltarle un novio...

LINO ¿Eh?

DOL. ¿Tres millones de pesos?

PED. ¿Pero es que no sabes que ha encontrado a su familia precisamente por ese tío que se le ha muerto en la Habana?

LINO ¡Ay, el contraveneno, el contraveneno, que ya siento retortijones! ¡Que no me quiero morir! ¡Que me den algo!

DOL. ¡Por Dios, hombre, que sería un crimen dejarle morir así!

PED A ver qué ha tomado.

LINO Ahí está la botella .. ¡Sublimado!

PED ¡Pero si es el jarabe de grosella!...

LINO ¿De veras?

DOL. ¡Esta vez te has equivocado con suerte!

PED. (Probando el contenido de la copa.) Claro, el jarabe de grosella... y que, por cierto, me había salido riquísimo. (Vuelve a beber.) Has hecho bien en preparar un refresco, porque estas emociones me habían dejado la boca como una yesca.

LINO No... No... Me muero... eso será jarabe, pero le eché medio frasco de láudano...

PED. ¡Rebotica!

DOL. ¡Ay, Dios mío!

PED. (Cogiendo el frasquito.) ¡No te asustes!... Ya me parecía a mí... Le ha echado menta. ¿No te decía yo? ¡Un refresco!

DOL. ¡Jesús, qué día!

LINO Bueno; pero, ¿me concederán ustedes la mano de Pepita?

PED. ¡Pero si no la quieres!

LINO ¡Mucho, muchísimo!... ¡Tres millones de veces más que a mi vida!... Fué una obcecacion; fué que creí que doña Dolores se

me venía a las manos, y claro, no está el tiempo para desperdiciar...

PED. Mira, si no te quitas de delante, te voy a dar una puntera que vas a salir por el escaparate.

ESCENA XVI

DICHOS y PEPITA

LINO Yo adoro a Pepita. Pepita se despepita por mí.

PEP. (Apareciendo.) Eso es mentira. Yo le desprecio a usted.

DOL. Mujer, no vengas tú ahora con otra cosa.

PEP. ¿Cómo puedo yo querer a ese hombre, después de lo que ha pasado?

PED. ¡Mujer, si no ha pasado nada!

PEP. ¡Qué ciegos sois los hombres!

DOL. Pepita, que estás equivocada...

PEP. ¡Calla, calla!... ¡No me hagas decir lo que no debo!

DOL. (Riendo.) Di lo que quieras.

LINO (Riendo.) Dilo, dilo; verás qué gracioso.

PEP. Este cinismo me hace perder la prudencia... Pedro, tu mujer y ese hombre se aman. Los han sorprendido aquí mismo abrazándose. (Todos rompen a reir.) ¿Os reís?

PED. ¿No hemos de reirnos, si la abrazaba dándola las gracias precisamente porque consentía vuestros amores?

PEP. ¿De veras?

DOL. ¿Tan frágil me crees?

LINO Es que como le he vuelto el juicio a ella, pues claro, no le extraña...

DOL. ¡Vamos!... Pero, ¿de dónde ha podido salir este enredo?

PEP. Don Nicasio me dijo que éste y tú...

PED. ¡Si no fuese mirando que es tu padre, le metía cinco balas en los sesos!

DOL. ¿Cómo que es su padre?

PED. Pero, ¿a que resulta que ahora no sabes tú que Nicasio es el padre de Pepita?

DOL. ¡Tú estás soñando! ¡Si su hija es Josefa, la criada!

LINO No se hagan ustedes líos. Josefa, la criada, ya sabe usted que es hija de don Pedro.

PED. ¿Hija mía? ¡Tú quieres que yo te mate hoy!

ESCENA XVII

DICHOS y NICASIO

NIC. ¿Qué pasa aquí?

PED Hombre, llegas que ni llovido.

DOL. A ver si estando usted nos entendemos.

NIC. Si no es cosa que me entretenga mucho, bueno; porque me tengo que marchar escapado. (Llamando por la derecha.) ¡Josefa!

PED. Pues ¿qué pasa?

NIC. Nada, que el comandante de la Guardia civil, después de mil probaturas y de dos mil reacciones químicas, se me ha puesto de un color escarlata subido, que no destiñe de ninguna manera. Le he dejado liado en unas toallas; pero en cuanto se las quite y se mire al espejo, echa detrás de mí todo el tercio... Luego, ahí al lado, receté a una familia, confiando en que, como te había advertido, no despacharías la receta; pero se han ido por ella en coche al pueblo próximo, se han tomado la droga... y creo que es el delirio. Han jurado que en cuanto puedan abandonar el corral cinco minutos van a venir a pulverizarme. (Llamando de nuevo.) ¡Josefa! Voy a salir en seguida, sin que nadie se entere, llevándome a mi hija.

DOL. Vamos a hablar de eso de la hija. Me parece que está usted en un error.

NIC. ¿Cómo, cómo?

DOL. Sí. Yo había creído que su hija era Josefa, la criada, pero Pedro me dice que es Pepita...

NIC. En efecto; las señas coincidían. Al principio creí que era Josefa; pero después he deducido que era Pepita, esta alhaja... Pedro me confió que era cierto.

PED. ¿Yo?

DOL. No puede ser Pepita, por una razón sencillísima. Sus padres, como usted sabe, la dejaron abandonada en el portal de nuestra casa sin más indicaciones que un papelito prendido en las mantillas, que decía: «Recojan a esta desventurada niña y bautícenla con el nombre de Josefa, en recuerdo de su padre que ha muerto en la guerra».

PEP. ¡Oh, jamás me habías dicho eso! (Se echa en los brazos de Dolores.)

DOL. ¿Para qué causarte esa pena?

NIC. ¡Ah, pues ya está claro como el agua! Es la otra. Si ya decía yo, fiándome en mi método deductivo, que todas las circunstancias...

ESCENA XVIII

DICHOS y JOSEFA; después, ALGUACIL

JOS. ¿Me llamaba usté, papá?

NIC. Sí, hija mía, sí. Prepárate que nos vamos a Madrid en seguida.

JOS. ¡A Madriz! ¡Qué gusto! ¿Me pondré un abrigo largo que he visto en el armario y un sombrero de esos que la tapan a una los ojos? ¿Verdad, papá?

PED. No, monina, no. Tu papá te comprará en Madrid unos que se llevan ahora, con bridas. Muy bonitos.

JOS. Ese se lo pondrá usté. ¡Miá qué gracia!

PED. Lino, vete a avisar la tartana para que se marchen en seguida.

NIC. Caramba, parece que estás deseando perdernos de vista.

PED. No, pero es que temo que surja otro lío. ¿Tú sabes toda la perturbación que has traído a esta casa? Mi mujer que creía que yo tenía una hija. Yo que creía que ella me engañaba. Lino que se prepara ese vaso de veneno para suicidarse...

JOS. ¡Anda! ¿Se iba usté a beber eso pa envenenarse? Si era por alguna mujer, no se apure usté que aquí estoy yo.

LINO Prefiero la cicuta.

JOS. No la conozco.

ALG. (Desde la puerta.) Dan... dan... dan usted su per... per... permiso.

PED. Adelante.

NIC. ¡Ah, es el Alguacil del Ayuntamiento, al que he encargado que me busque en los libros los nacimientos ocurridos en el pueblo a los nueve meses de aquel verano!...

ALG. A... a... aquí están los datos... e... e... exactos.

NIC. A ver. (Leyendo.) «En los meses de abril y mayo del año que se cita no ocurrió en el

pueblo más que un sólo nacimiento. Este fué, efectivamente, de una soltera y de padre desconocido...» ¡Ya está, ya está! (Sigue leyendo.) «y está registrado con el número 356 y el nombre de Lino...»

LINO ¡Anda la mar!

NIC. ¡No era una hija! ¡Era un hijo!... ¡Lino!... ¿Tú? ¡Si ya decía yo que encontraba en ti algo que me interesaba! ¡Si mi corazón, al verte, dió un grito!...

LINO ¡Eh, oiga usted, que yo tengo padre y con unas fuerzas, por cierto, que si le da a usted un puñetazo le volatiliza!

ALG. Sí..., sí..., sí...

NIC. ¿Sí, qué?

ALG. Sí..., siga usté.

NIC. «En el mismo registro, página 50, número 830, aparece registrada la defunción del niño Lino Expósito, hijo de Josefa Pérez y de padre desconocido...» ¡Nos hemos lucido!

JOS. ¿De modo que yo?...

NIC. Yo no tengo nada que ver contigo, hija mía.

JOS. ¿Y no me dará usted nada?

NIC. ¿Yo?

DOL. Lo que va usted a hacer es quitarse ese vestido.

PEP. Y mis zapatos.

PED. Y marcharse a la calle.

JOS. Ah, si ustedes me echan, si no me dan una indeznización, y si no me dejan estos atavíos, me tomo este veneno. (Coge la copa.) Me le bebo. (Nadie da importancia a la amenaza.) Miren ustedes que me le bebo..., que me le bebo si no me le quitan de la mano...

LINO Te le puedes beber. Es un refresco de grosella y menta que no tiene nada de veneno.

JOS. ¡Ah! ¿No?

LINO Ni pizca.

JOS. (¡Vaya una plancha!) (Se le bebe.) Y está mu rico. Pero ¿de veras me despiden ustedes?

DOL. No, mujer. Quédese. Ande. Lleve a la cocina esos cacharros.

JOS. En seguida. (Coge los cacharros y los deja caer.) No me riña usté. Desgracia que tiene en las manos una servidora. Fuera de esto, me pueden mandar lo que quieran, que todo lo haré bien.

PED. ¿Sí? Pues pida usted el aplauso.

JOS. (Al público.)

Caballeros, por favor:
perdón pa una servidora
y un aplauso pa el autor.

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Antonio Fernández Lepina

Estrella, juguete cómico en un acto. (Teatro Lara.)

La mujer de Cartón, humorada en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Barrera y Quislant. (Teatro de la Zarzuela.)

Hilvanes, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)

La fea del ole, sainete en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Lleó. (Teatro Cómico.) (Tercera edición.)

Don Gregorio el Emplazado, inocentada, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)

Chiquita y bonita, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Losada. (Coliseo del Noviciado.)

Los cuatro trapos, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Foglietti y Escobar. (Gran Teatro.)

Suspiros de fraile, opereta bufa, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Carbonell. (Teatro Martín.)

El mantón de la China, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Torregrosa. (Teatro Cómico.)

La corte de los milagros, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro Martín.)

Los envidiosos, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro de la Zarzuela.)

La señora Barba-Azul, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Escobar. (Teatro Martín.) (Segunda edición.)

El hongo de Pérez, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra francesa, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Salón Nacional.) (Cuarta edición.) (Traducido al portugués.)

La loca fortuna, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Pathé, Freres, apropósito para varietés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Padilla. (Príncipe Alfonso.)

El jipijapa, juguete cómico en un prólogo y tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, en colaboración con Antonio Plañiol (Teatro Martín.)

La perra gorda, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra extranjera, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Teatro Cómico.)

La vocación de Pepito, juguete cómico en tres actos, adaptación de «Jean III ó L'irresistible vocatión du fils du Monducet», de Sancha Guitry, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Cervantes.)

El nuevo testamento, juguete cómico, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Apolo.)

El caballo de Espartero, juguete cómico en dos actos, divididos en cinco cuadros y varias películas, adaptación de un vodevil francés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Infanta Isabel.)

El servicio doméstico, juguete cómico en dos actos, escrito sobre episodios de «Le truc d'Arthur» de Chivot y Duru, en colaboración con Antonio Plañiol. (Treatro Lara.) (Traducido este arreglo al catalán.)

Las sagradas bayaderas, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant. y Vela. (Teatro Martín.)

Los chicos de la Calle, juguete cómico en tres actos, en colaboración con Enrique García Alvarez y Antonio Plañiol. (Teatro Español.) (Traducido al portugués.)

El señor Duque, juguete cómico en tres actos. (Teatro Eslava.) (Tercera edición.) (Traducido al italiano, al portugués y al catalán.)

Una buena muchacha, comedia en tres actos, adaptación de «La buona figliola», de Sabatino López, en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.)

La última opereta, zarzuela, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro G. Giménez. (Teatro de Apolo.)

La maja de los Madriles, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Lulú, comedia dramática en tres actos, original de C. Bertolazzi, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.) (Traducida esta adaptación al catalán.)

La Rosario, comedia en tres actos, original de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)

El valiente capitán, vodevil en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro. (Teatro Cómico.)

Mario y María, comedia en tres actos de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.) (Traducida al portugués.)

La Eva ideal, fantasía, en colaboración con Ricardo G. de Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de Novedades.

La embajadora, zarzuela cómica en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez (Teatro de la Zarzuela.) (Traducida al italiano.)

El palacio de la marquesa, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.) (Traducida al portugués.).

La aventura del coche, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Cervantes.) (Traducida al catalán y al portugués.)

La señorita Mariposa, comedia en tres actos. (Teatro Lara)

Un lío del otro mundo, juguete cómico en tres actos. (Teatro Infanta Isabel.) (Traducido al portugués y al catalán.)

La máscara y el rostro, humorada satírica en tres actos, de Chiarelli, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Teatro Romea. Barcelona.)

La maestrilla, comedia en tres actos de D. Niccodemi, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Teatro de Lara.)

El drama de la botica, juguete cómico en dos actos. (Teatro Cómico.)

Precio: 1,50 pesetas